

aurora

VOCES JESUITAS SOBRE LA PANDEMIA

1^{era} quincena de octubre • Año 2020 • N° 11 • Distribución gratuita



RUPTURAS EPISTEMOLÓGICAS


abediciones
DIGITAL



JESUITAS
CONFERENCIA DE PROVINCIALES EN
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE - CPAL

Coordinador aurora
Roberto Jaramillo S.J.

Responsabilidad Editorial
**Conferencia de Provinciales Jesuitas
de América Latina y El Caribe (CPAL)**

Producción Editorial
**abediciones de la Universidad
Católica Andrés Bello
Caracas-Venezuela**

Corrección de textos
Maritza Barrios

Diseño Gráfico
Isabel Valdivieso

Colaboradores
**Dante Ariel Aragón
David Fernández, S.J.
José Ivo Follmann S.J.
Jorge Atilano González Candia
Karina Fonseca Vindas
Cristian Peralta, S.J.
Milciades González Espinola S.J.
Jorge Costadoat S.J.
Omar Serrano
Ismael Moreno Soto, S.J.
Stivel Toloza Blanco S.J.
Comisión Provincial del Apostolado
Social (CPAS) de la Provincia
Centroamericana
Grupo de personas y organizaciones de
diferentes países latinoamericanos**

Dirección de la CPAL
**Ave. Fulgencio Valdez 780,
Distrito Breña, Lima 5 - Perú**

Visite nuestra página en la WEB
www.jesuitas.lat

aurora es una publicación digital de la
Conferencia de Provinciales Jesuitas de
América Latina y El Caribe-CPAL

CONTENIDO

Presentación	3
1. Pandemia: rupturas epistemológicas y horizontes agrietados Dante Ariel Aragón / David Fernández, S.J.....	5
2. Nuevas rupturas epistemológicas a partir del imperativo de la cultura del cuidado -Reflexiones desde Brasil – José Ivo Follmann S.J.....	9
3. Del desarrollo económico individual al cuidado de la vida en la diversidad Jorge Atilano González Candia	13
4. Género y pandemia: dos constataciones y una esperanza Karina Fonseca Vindas.....	15
5. Inclusión de la diversidad epistémica: necesidad más allá de la pandemia Cristian Peralta, S.J.	19
6. La escucha del otro como ruptura del propio decir Milciades González Espinola S.J.....	23
7. Actualidad del cristianismo en tiempos apocalípticos Jorge Costadoat S.J.	27
8. Otro Estado es necesario Omar Serrano	31
9. Factores que desafían la democracia y la misión de la Compañía en Centroamérica Ismael Moreno Soto, S.J.....	35
10. La misión de acompañar(nos) en la esperanza Stivel Toloza Blanco S.J.....	39
11. Normalidad “subversiva” y Compañía de Jesús. ¿Puede la Compañía de Jesús apostar por una normalidad “subversiva”? Comisión Provincial del Apostolado Social (CPAS) de la Provincia Centroamericana	43
12. Por un pacto social, ecológico, económico e intercultural para América Latina Grupo de personas y organizaciones de diferentes países latinoamericanos	49

La pandemia COVID-19 nos obliga a reflexionar juntos para repensar la sociedad que hoy necesitamos. El encierro está generando una diversidad de cambios, tanto en las personas como en las instituciones, por lo que conviene tener algunos criterios éticos para ubicar aquellas rupturas epistemológicas que vienen a ser una oportunidad de hacer surgir lo nuevo, para una sociedad más justa y reconciliada.

En este número de aurora, recuperamos de lo nuevo que está surgiendo en la sociedad, la Iglesia y la Compañía de Jesús, intuiciones y experiencias que ayudan a imaginar nuevas epistemologías, surgidas desde el dolor de la pandemia, que harán posible una nueva convivencia.

Se nos habla, entre otras, sobre las rupturas que genera la pandemia en las vidas de las personas desde el psicoanálisis, la filosofía política, la sociología y la teología; la interconexión del todo en “la casa común” como nuevo paradigma; el cambio de un horizonte centrado en el desarrollo económico individual, hacia uno movido por la necesaria fuerza del cuidado en la diversidad y en la inclusión como camino; la sustitución de un Estado obsoleto para responder a las emergencias, por uno que tenga como centro la vida digna, con todo lo que la hace posible; la transformación de las estructuras patriarcales, las asimetrías y los roles preestablecidos, por una cultura del cuidado mutuo y la escucha del otro diferente; la urgencia de la necesidad de acompañar y dejarnos contagiar por la esperanza de los jóvenes; y, también, se nos habla de la necesidad de renovar la “caballería ligera” de la Compañía de Jesús, para seguir reconstruyendo la “a-normalidad subversiva” que inició Jesús de Nazaret y que llamó “Reino de Dios”.

Se trata de un número para leerse en actitud orante, en lectura pausada para dejarse tocar por el Espíritu que abre puertas y ventanas para sanar de raíz nuestras enfermedades.

Jorge Atilano González Candia
Asistente del Sector Social, Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús

Rupturas epistemológicas

PRESENTACIÓN

aurora

VOCES JESUITAS SOBRE LA PANDEMIA



PANDEMIA: RUPTURAS *EPISTEMOLÓGICAS* *Y HORIZONTES AGRIETADOS*

aurora

4

Dante Ariel Aragón¹
David Fernández, S.J.²

El reconocimiento de la vulnerabilidad propia, tendencia de alguna manera feminista y comunitaria, pone en cuestión el paradigma del hombre invencible, culmen de la creación, autónomo y autoconstruido. Por esto, el paradigma neoliberal individualista y soberano se pone en cuestión

Desde el punto de vista del psicoanálisis

Por lo que entendemos de algunas discusiones contemporáneas que se relacionan con el psicoanálisis, esta condición pandémica que estamos viviendo puede ser una importante oportunidad para relacionarnos de manera diferente con nuestra muerte y, a su vez, con nuestra vida. Esto es, la posibilidad cercana de la enfermedad y de la muerte nos lleva -eventualmente- a asumir nuestra fragilidad, nuestra vulnerabilidad y finitud, así como la codependencia con los demás. Esto solo, implica ya un agrietamiento o, al menos, una ralentización de la rutina neoliberal y de las pulsiones soberanas (afán de tener todo bajo control, o bien de ser controlados para tener seguridad), que justo se sostienen en la producción de individuos incapaces de asumir su fragilidad, su vulnerabilidad o su muerte.

El reconocimiento de la vulnerabilidad propia, tendencia de alguna manera feminista y comunitaria, pone en cuestión el paradigma del hombre invencible, culmen de la creación, autónomo y autoconstruido. Por esto, el paradigma neoliberal individualista y soberano se pone en cues-

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México.

² Maestro en Sociología, fue director del Centro PRODH de Derechos Humanos y rector del ITESO en Guadalajara y de la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México.

ción. Además, la conciencia del “ser para la muerte”, en lenguaje de Heidegger, implica epistemológicamente la necesidad de tener lecturas transversales y vitales sobre el sentido de la vida. La conciencia de finitud pone, frente a todos, la vida desnuda, considerada en su carácter dependiente, finito y comunitario. Desde la conciencia de la propia mortalidad, pensar lo común, por ejemplo, o pensar ciertos significantes de conveniencia feminista, como el cuidado de los demás, acciona los frenos de saberes más bien comprometidos con el orden y con la gestión, o que se despliegan justo en la negación de su origen vital: en la negación de los cuerpos y la materia, en su formato múltiple y en permanente conflicto (como sucede con toda multiplicidad).

Desde este punto de vista, para algunos psicoanalistas como Jorge Alemán, la pandemia y el retraimiento íntimo al que nos ha orillado (siempre que haya sido posible guardar cuarentena o en el resguardo en el transporte público y en las calles) además de posibilitar asumir nuestra finitud, lo que es un duro golpe al sujeto neoliberal y soberano de sí mismo, permite también atravesar el fantasma, es decir (según lo entendemos) atravesar y romper las fantasías de completitud que ofrece tanto un mercado celebratorio como las tendencias policíacas al orden (hoy paradójicamente fortalecidas). Esto quiere decir también que aquellas dinámicas políticas que se desplegaban por medio del líder o de la fantasía de la unidad del pueblo sin fisura, es posible desmantelarlas hoy para saber habitar la fisura constitutiva del ser humano y de la sociedad (el conflicto, la muerte siempre posible y probable), sin necesidad de recubrirla con el líder y el partido.

La pandemia posibilita entonces críticas profundas al populismo del mesías, del líder, de la unidad del pueblo sin fisuras. Pero, paradójicamente, consideramos que también descarta la posibilidad de la cura total o plena, es decir, descarta el fantasma del atravesamiento del fantasma. Desde el psicoanálisis, el fantasma siempre sigue, siempre seguirá, y lo que queda es disputar y negociar con él para, en su caso, subsumirlo. Esto es, la dominación y el terror de lo real (del capitalismo neoliberal y sus lacras) seguirán (no tenemos idea de cuanto más), pero lo que queda es, en dado caso, negociar rebeldemente espacios y tiempos liberados.

Desde el punto de vista de la filosofía política

Desde este punto de vista y en la lógica de la encíclica *Laudato si*, lo que puso la pandemia delante de nosotros

es la imposibilidad de hacer una reflexión sobre el futuro de la humanidad, sin consideración de la naturaleza, del entorno al que pertenece. En efecto, la intensificación que se ha dado en los últimos 35 años de los procesos de acumulación, explotación y expropiación capitalista, alentada por la desregulación neoliberal, nos ha llevado a combinar distintas formas primitivas y novedosas de extraer plusvalía, a masificar las prácticas de expropiación de la propiedad social y a desbalancear, finalmente, el metabolismo entre sociedad y naturaleza, el equilibrio entre la preservación de la vida y la explotación del planeta; hemos caminado hacia una forma de producción y de explotación que atraviesa ya el límite de tolerancia de la sustentabilidad y nos confronta con la amenaza de la devastación.

El COVID-19 está muy lejos de ser un accidente natural imprevisible. Más bien es el resultado de una serie de procesos relativos a la acumulación flexible del capitalismo contemporáneo, que van desde el aniquilamiento de lo público, el desmontaje del Estado nacional y su infraestructura no productiva (hospitales, bibliotecas, parques, etc.), mediante su privatización y tercerización, hasta la creciente incorporación de espacios y territorios selváticos, alejados de las ciudades y del contacto humano, a las prácticas de la agroindustria, de la minería, de las grandes granjas de animales (*animal-farming*), desbaratando el metabolismo clásico burgués, (desbalanceando la relación entre producción y recursos naturales) relativo a la destrucción-productiva capitalista y empujando los niveles de expropiación y acumulación hacia umbrales de devastación. Esto lo subraya abundantemente Sergio Villalobos-Ruminott en su artículo “Virus, revueltas, capital”.

La pandemia posibilita entonces críticas profundas al populismo del mesías, del líder, de la unidad del pueblo sin fisuras. Pero, paradójicamente, consideramos que también descarta la posibilidad de la cura total o plena, es decir, descarta el fantasma del atravesamiento del fantasma

La actual enfermedad zoonótica revela que hemos pasado ya el umbral de tolerancia del planeta a la explotación capitalista, nos ha puesto al borde de la devastación y ante la posibilidad de extinción como humanidad. Nuestro modo de pensar la producción y la relación con la naturaleza tiene que cambiar e incorporar este tipo de consideraciones, para garantizar la viabilidad de la especie.

La actual enfermedad zoonótica revela que hemos pasado ya el umbral de tolerancia del planeta a la explotación capitalista, nos ha puesto al borde de la devastación y ante la posibilidad de extinción como humanidad. Nuestro modo de pensar la producción y la relación con la naturaleza tiene que cambiar e incorporar este tipo de consideraciones, para garantizar la viabilidad de la especie.

Por otro lado, ya no es posible pensar las lógicas del capitalismo neoliberal como siempre permanentes, estructuradas y previsibles. Tenemos que introducir también la noción de “derrame” (Deleuze), que implica imprevisibilidad, flexibilización, mutación, liquidez. En efecto, necesitamos nuevas categorías para pensar la combinación auspiciada por la pandemia entre tecnologización y sus formas de explotación, y lógicas de derrame de nuevos modos de explotación que se espacializan en casa, como el *home office* o la contratación flexible. Hoy son perfectamente válidas y pertinentes preguntas como las siguientes: ¿Qué será del nuevo empresario, patrón de sí mismo (clasesmediero), en la era del *home office* y en la era de las aplicaciones computacionales: desde *Badoo* (sexo a la carta) hasta *Uber eats*...? ¿Estamos en la antesala de una mutación antropológica? ¿Surgirán nuevas redes empresariales deslocalizadas y sin propietarios formales? ¿Junto con el surgimiento del nuevo *homo-tecno homme office* habrá de decretarse también la muerte del proletariado como clase y la de los lumpemproletarios por caminar hacia la muerte sin respirador?

Dese la perspectiva de la emancipación social y del cambio de estructuras esto nos pone en un aprieto: ¿Cómo podemos pensar el cambio social sin la existencia de rebeliones sociales que contradigan una

política racionalmente fundada, desde las revueltas campesinas hasta las luchas estudiantiles? ¿Cuál es el nuevo sujeto social de cambio? Quizá lo que definirá en el futuro, más todavía que ahora, a las protestas sociales, será su carácter existencial, pues ya no responderán necesariamente a una agenda partidaria o a un programa ideológico preestablecido. Se tratará de manifestaciones –dice Villalobos-Ruminott– “cuyo denominador común no estará dado sólo ni principalmente por reivindicaciones económicas o identitarias, sino por la afirmación de la existencia, en un mundo estructurado por procesos de acumulación y expropiación que terminan por precarizar radicalmente dicha existencia, hasta convertirla en vida sacrificable”.

La pandemia y los estragos del COVID-19 nos echan en cara la impotencia actual del pensamiento político contemporáneo, por no haber sido capaz de pensar la singularidad y la historicidad de las revueltas actuales, sin remitirlas siempre a esquemas con lógicas estratégicas racionales. Por el contrario, lo que requerimos ahora es un pensamiento ético-político que piense esa historicidad comprendiendo las condiciones materiales en las que hoy se juega la lucha por la sobrevivencia y la libertad, y atender al mismo tiempo la potencia subversiva que emana de la experiencia de las revueltas concretas, anárquicas, irracionales, pero imprescindibles.

El pensamiento político que hoy necesitamos requiere categorías que postulen la pluralidad de mundos y afectos que pueblan la sociedad. Afectos que habría que traducir para pensar en la agencia colectiva. Pensar lo común real es la tarea ahora. Repensar el Estado y sus relaciones y pensar también un Estado orientado a lo público y ya no orientado al mercado. Pero, de nuevo, las rebeldías deberían ocupar un lugar preponderante.

Para algunos analistas, como Paul Preciado, la “nueva normalidad” post-COVID traerá consigo una nueva normatividad policial e incluso sexual, más autoritaria, excluyente, soberana, justo para detener los efectos disolventes, para suturar las grietas que ha traído consigo la pandemia. Las visiones chovinistas, machistas y verticales probablemente se verán fortalecidas. Sin embargo, en nuestra opinión, este exagerado diagnóstico de los mecanismos de dominación sólo puede alimentar una izquierda melancólica y derrotista y, además, quizá hasta muestra una arrogante desconfianza hacia las masas, hacia los pueblos, ignorante de la historia, pues se les olvida, como diría Enzo Traverso, que siempre hay revoluciones.

Dese la perspectiva de la emancipación social y del cambio de estructuras esto nos pone en un aprieto: ¿Cómo podemos pensar el cambio social sin la existencia de rebeliones sociales que contradigan una política racionalmente fundada, desde las revueltas campesinas hasta las luchas estudiantiles? ¿Cuál es el nuevo sujeto social de cambio? Quizá lo que definirá en el futuro, más todavía que ahora, a las protestas sociales, será su carácter existencial, pues ya no responderán necesariamente a una agenda partidaria o a un programa ideológico preestablecido

Desde el punto de vista de la sociología

Recientemente, en la ciudad de Puebla, México, acaba de ver la luz un interesante trabajo sobre la pandemia como normalización de la pesadilla neoliberal. El trabajo de marras ha sido retomado posteriormente por Raúl Zibechi en *La Jornada*. El aspecto más interesante de este trabajo es que hace referencia al *triage* social, el mecanismo por el cual el sistema ordena y jerarquiza quiénes deben salvarse y quiénes deben morir: si no hay respiradores suficientes, “alguien” decide quienes tienen prioridad. Lo mismo ocurre respecto de las camas hospitalarias y de todos los servicios saturados. Ese “alguien” son los “algoritmos, definidos como un sistema al que se ingresa información y del que se obtiene respuestas, en formato de instrucciones que se siguen de manera mecánica para obtener ciertos resultados”. Pero lo relevante es que también son una nueva ideología científica para enfrentar la incertidumbre y a la vez reforzar la dominación. El problema es que los algoritmos se están utilizando para enfrentar prob-

lemas y dilemas sociales y éticos, para tomar decisiones a partir de una lógica que implica ordenar, clasificar y, en última instancia, discriminar lo que sirve de lo que no sirve. La palabra “*triage*” surgió en el seno de las fuerzas armadas francesas napoleónicas -significa clasificar o separar- y, al igual que el panóptico de Bentham y Foucault, se aplicó no sólo en el diseño de cárceles sino también de las fábricas, hospitales, escuelas y en todos los espacios donde la sociedad capitalista necesitaba disciplinar a la clase trabajadora. Ahora que los poderosos decidieron gestionar la escasez, provocada artificialmente como sucede en los hospitales por la privatización o la falta de inversiones en buena parte del sistema sanitario, el *triage* social, que ya se venía aplicando, cobra una dimensión nueva. Así como las burocracias gestionaron quiénes serían descartables por irrecuperables durante las guerras napoleónicas, en el *triage* social a los descartables las burocracias les sacrifican las posibilidades de acceder a los recursos; si continúan viviendo o si mueren resulta irrelevante y se vuelve invisible para el “bien mayor”. El bien mayor, por ejemplo, durante la pandemia, consistió ya en considerar ciertas actividades económicas como “esenciales”, y decidir qué sectores favorecer con programas públicos y cuáles no, es decir qué partes de la población aprovecharán mejor los recursos del Estado para favorecer los propósitos del propio Estado, algo muy similar a lo que ocurre en la situación pre-pandemia.

Decidir a quiénes se deja morir y qué sectores de la economía se deben sostener, no es ni más ni menos que lo que estamos viendo ante nosotros. La pandemia hace más visible, o bien inocultable, este sistema de muerte que determina quiénes tienen la calidad de ciudadanos acreedores de derechos, quiénes se convierten en refugiados merecedores de ayuda humanitaria, y quiénes quedan como *zombies*, muertos vivientes condenados a las formas más precarias de supervivencia o a morir en el olvido. El *triage* social lleva en sí mismo un algoritmo que permite a los estados justificar moral y técnicamente las consecuencias de decisiones éticas complejas que hacen sobre la vida, la muerte y la supervivencia de las poblaciones. En América Latina al menos, la acción paramilitar y el narco, que estos días despliega el terror desde Chiapas hasta el Cauca colombiano, la acción represiva de las fuerzas armadas de los Estados la sostienen algoritmos que, en algún momento, debemos develar. Y ese es otro desafío para la nueva ciencia de lo social que requerimos ahora.

NUEVAS RUPTURAS EPISTEMOLÓGICAS

*a partir del imperativo
de la cultura del cuidado
Reflexiones desde Brasil*

8

Todavía estamos hundidos en la pandemia. No sabemos cuándo despuntará lo nuevo, lo que algunos llaman pos-pandemia. Todavía tenemos dificultades para dibujar, en nuestra mente y en nuestro corazón, esta realidad futura. Se repiten algunas ideas. Una de ellas es que la pandemia vino a inaugurar definitivamente lo que, hace mucho tiempo, ha sido llamado "cambio de época".

José Ivo Follmann S.J.¹

La pandemia causada por COVID-19 tomó a la humanidad por sorpresa. Nos sorprendieron y se conmovieron radicalmente muchas de nuestras certezas y seguridades. Sin embargo, en medio de una alteración generalizada, también somos capaces de ver, en todos los rincones de la Tierra, señales consistentes de un "nuevo mundo posible y necesario". Se tejen nuevas lógicas a nivel personal y colectivo; su consistencia y su alcance no son todavía mensurables. Pero, por supuesto, señalan la necesidad y urgencia de una transformación radical involucrando, en primer plano, rupturas epistemológicas

Todavía estamos hundidos en la pandemia. No sabemos cuándo despuntará lo nuevo, lo que algunos llaman pos-pandemia. Todavía tenemos dificultades para dibujar, en nuestra mente y en nuestro corazón, esta realidad futura. Se repiten algunas ideas. Una de ellas es que la pandemia vino a inaugurar definitivamente lo que, hace mucho tiempo, ha sido llamado "cambio de época". Según el cardenal José Tolentino Mendonça (junio de 2020), la pandemia actual nos está llevando a una nueva era de la historia. La pandemia va a pasar, pero nosotros estaremos en una nueva era de la historia en términos culturales, de civilización y espirituales: una era "espiritualmente otra".

¹ Profesor del Programa de Posgrado en Ciencias Sociales de la Universidad de Vale do Rio dos Sinos - UNISINOS, Brasil. Director del Observatorio Nacional de Justicia Social y Ambiental Luciano Mendes de Almeida - OLMA. Secretario de Justicia Social y Ambiental de la Provincia Jesuita de Brasil.

Se sabe, también, que el sentimiento de derrota de la humanidad es tan fuerte, que cualquier intento de izar la bandera por volver a “la normalidad” suena hipócrita y mentirosa, a pesar de que muchos siguen irresponsablemente soñando con ella. La sociedad brasileña, como otras sociedades, vive en esa tremenda angustia siendo rehén de un des-gobierno que navega superficialmente en actitudes que niegan la realidad y con promesas hipócritas y mentirosas de volver a la vieja normalidad. Hundida en la desilusión agravada durante la pandemia, la sociedad brasileña silenciada no saber qué decir en contra de la falta de preparación y de cuidado, para no llamar de indiferencia y menosprecio de sus gobernantes, hacia las mayorías más vulnerables y la preservación del medio ambiente.

La “globalización de la indiferencia” o “cultura de la indiferencia”, denunciada enérgicamente por el papa Francisco, parece ser el legado más perverso del siglo XX para la humanidad. El abismo de desigualdades entre ricos y pobres se ha vuelto escandaloso e inconmensurable. La pandemia tuvo el poder de abrir y arrojar luz sobre el escándalo.

El papa Francisco, que denunció con vehemencia la globalización de la indiferencia en Lampedusa, en 2013, volvió sobre ella en 2015, en la Encíclica *Laudato Si'* al enfocarse en la destrucción de la “Madre Tierra” como reflejo de la degradación humana, social y ambiental. El Papa lo expresó así: “hoy no podemos dejar de reconocer que un verdadero enfoque ecológico siempre se convierte en un enfoque social, que debe integrar la justicia en los debates sobre el medio ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS, 49). Y agrega: “no hay dos crisis separadas, una ambiental y la otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental” (LS, 139).

Es una crisis única que azota a la humanidad abarcando todas sus dimensiones y que, en su origen, está la forma en que los seres humanos utilizan y abusan de las personas, la organización social y los dones de la creación.

Francisco reforzó la propuesta de una ruptura epistemológica radical. A pesar de no ser original en la concepción de la misma, su atractivo fue, quizás, el más acertado en términos de potencial movilizador. Mucho más allá de ser un llamado ecológico en relación con el cuidado medio ambiente, es un llamado a una nueva concepción de la “Ecología Integral”, tomando como guía el “cuidado de la casa común”. Se trata de una propuesta que impulsa la búsqueda de “soluciones integrales” (LS, 139). En esa búsqueda aparece como central la relación o interconexión de todo como categoría central de la experiencia humana en la creación. La pandemia apareció por sorpresa a principios de 2020, como una prueba trágica de lo denunciado en la Encíclica del Papa.

En las expresiones del papa Francisco hay un llamado evidente a pensar en el todo y en su compleja interconexión como un “nuevo paradigma”. Se trata de un llamado a toda la humanidad, dirigido particularmente a las personas y organizaciones que actúan en la producción de conocimiento y la toma de decisiones en

La “globalización de la indiferencia” o “cultura de la indiferencia”, denunciada enérgicamente por el papa Francisco, parece ser el legado más perverso del siglo XX para la humanidad. El abismo de desigualdades entre ricos y pobres se ha vuelto escandaloso e inconmensurable. La pandemia tuvo el poder de abrir y arrojar luz sobre el escándalo.

la búsqueda de respuestas a los desafíos, dolorosamente expuestos en la actual situación de la humanidad y del planeta tierra en los tiempos actuales. Llamada que se dirige a la forma en que los seres humanos proceden en su vida diaria.

Vivimos en un mundo roto, era el título de un documento de la Compañía de Jesús, publicado en 1999. Este mundo roto no es solo a nivel ambiental. Con la *Laudato Si'* este discurso adquiere un nuevo potencial y amplitud mostrando un mundo estropeado en todos los aspectos: desde las relaciones entre las personas, las relaciones de organización de orden público, las relaciones políticas, económicas y culturales, hasta relaciones ambientales manifestadas en el descarado descuido hacia los dones de la creación. Un mundo en el que confluyen diferentes ecologías (humana, cotidiana, económica, cultural, política, social, etc.), representando desarrollos de conocimiento y conteniendo ricas formulaciones, en las cuales se puede vislumbrar caminos o dimensiones de la ruptura epistemológica que se expresa en la “Ecología Integral” (LS, 137-162).

Los daños casi indescriptibles a la armonía de la naturaleza, manifestados en horribles paisajes de destrucción de la vida, sobre todo en las periferias pobres de las grandes ciudades, no son más que manifestaciones del daño y la autodestrucción de la propia humanidad. Vivimos hoy, especialmente en Brasil, un modelo e ideal de desarrollo generador y actor de desigualdades y de absurda degradación ambiental, reproductor de conflic-

tos e injusticias sociales y ambientales de todo tipo. Todo eso se ve terriblemente agravado por la burla calculada y el ‘negacionismo’ del gobierno con respecto a la pandemia, al agravamiento de las desigualdades sociales y en relación con la fiscalización ambiental. Hasta septiembre de 2020, en Brasil, la pandemia había producido más de 140.000 muertos, la gran mayoría de esas personas pertenecientes a los estratos más pobres y de ascendencia africana. También es trágico el recorrido genocida de la pandemia entre las comunidades indígenas. Los incendios provocados tanto en la selva amazónica como en la región del Pantanal alcanzaron niveles nunca imaginados, los índices de personas y familias sin renta o sin vivienda llegaron a cifras alarmantes, anunciando tiempos de desastre ambiental, miseria y hambre.

Dentro de todo este diseño trágico y casi sin perspectivas (porque da miedo ver que los gobernantes parecen celebrar su “victoria”) es urgente que volvamos a la invitación del Papa para asociar orgánicamente la producción del conocimiento, la toma de decisiones y el modo de vida cotidiano, dentro de la gran tarea de la humanidad en el “Cuidado de la Casa Común”.

Desde hace unas décadas hay, por dentro y por fuera del mundo académico, movimientos que insisten y proponen las rupturas epistemológicas necesarias para las que la pandemia y otras crisis a ella asociadas, nos alertan de manera extrema e inapelable. En muchos círculos académicos se han buscado nuevos conocimientos, capaces de ver los problemas ambientales en el contexto socioeconómico y viceversa. En otras palabras: conocimiento que refleja la unidad dinámica y relacional.

El papa Francisco habla de la “cultura del cuidado” (LS, 231). Sería el antídoto de la “cultura de la indiferencia” o de la “globalización de la indiferencia”. La “cultura del cuidado” es fruto de la búsqueda y la práctica de la justicia con nuestra Casa Común y su cuidado; en definitiva: la justicia social y ambiental. A esa suma le damos el nombre de “justicia socio ambiental”. Es muy evidente en *Laudato Si'*: un desafío a la realidad humana en su conjunto, en toda su complejidad. Ésta es la gran innovación en materia de Doctrina Social de la Iglesia, expresada en la encíclica. La justicia socio ambiental no se puede pensar y vivir simplemente como un conjunto de prácticas reactivas a situaciones específicas derivadas de los conflictos ambientales, como muchas veces el concepto está funcionando en la Academia. La justicia socio ambiental es una intervención en la sociedad como un todo en su forma de pensar, ser y organizarse.

Como ya se ha señalado, a través de nuestra lectura de *Laudato Si'*, podemos distinguir tres niveles concretos, como distintas instancias o espacios de expresión y realización de la justicia o justicia socio ambiental. Las prácticas de justicia deben expresarse a nivel de producción de conocimiento, a nivel de toma de decisiones, y deben tener también su base de credibilidad en el nivel cotidiano de nuestro ser, vivir y actuar en el día a día.

A nivel de conocimiento: a través del reconocimiento de las diversas formas de conocer y percibir la vida y las cosas, mucho más allá del conocimiento estrictamente disciplinado por el mundo académico. Destaca la búsqueda de la superación de la línea abismal que separa, por un lado, el conocimiento valorado académicamente y, por otro, el conocimiento excluido del mundo racional-científico.

A nivel de toma de decisiones: vigilancia en el sentido de que las alertas del mundo de la ciencia, los valores fundamentales establecidos, sean tomados en serio para la defensa de los derechos humanos y la naturaleza. Un mayor éxito en la gestión deberá contar con una auténtica y amplia cultura de participación y reconocimiento de la dignidad de los implicados en las decisiones. En este sentido, se sugiere avanzar hacia formas innovadoras de implementación y evaluación de políticas públicas basadas en indicadores sostenibles.

Vivimos en un mundo roto, era el título de un documento de la Compañía de Jesús, publicado en 1999. Este mundo roto no es solo a nivel ambiental. Con la Laudato Si' este discurso adquiere un nuevo potencial y amplitud mostrando un mundo estropeado en todos los aspectos: desde las relaciones entre las personas, las relaciones de organización de orden público, las relaciones políticas, económicas y culturales, hasta relaciones ambientales manifestadas en el descarado descuido hacia los dones de la creación

es necesario atender con cuidado a las prácticas personales y colectivas en la vida diaria donde se manifiesta la sabiduría humana. Este es el “campo de la vida cotidiana” o “campo de la sabiduría”, del cuidado y la justicia, que se hace visible en las prácticas del día a día. Este es el espacio y el tiempo para profundizar el “Cuidado de la Casa Común” y el testimonio vivo

Finalmente, es necesario atender con cuidado a las prácticas personales y colectivas en la vida diaria donde se manifiesta la sabiduría humana. Este es el “campo de la vida cotidiana” o “campo de la sabiduría”, del cuidado y la justicia, que se hace visible en las prácticas del día a día. Este es el espacio y el tiempo para profundizar el “Cuidado de la Casa Común” y el testimonio vivo.

Un ingrediente fundamental en todo este proceso de búsqueda de la incidencia debe ser la actitud permanente de apertura a lo nuevo y de “conversión”. Podríamos llamarlo: “conversión socio ambiental”. Todas las personas y organizaciones somos llamadas a una profunda conversión socio ambiental.

Esta conversión socio ambiental se puede visualizar de manera esquemática, pero suficientemente comprensiva, en tres dimensiones: i) la dimensión del cuidado de la dignidad humana a partir del reconocimiento: esta dimensión ocurre en las relaciones con lo diferente, las relaciones étnico-raciales, religiosas, de género, de generaciones, origen nacional, cosmovisiones y opciones, buscando siempre las formas de establecer el diálogo, el valor de la pluralidad y la inclusión de todas las personas; ii) la dimensión del cuidado de los dones de la creación: esta dimensión se expresa en la constante atención a la conservación, preservación y usos adecuados de la naturaleza ambiental, con miras al cuidado de los ecosistemas saludables y la vida para el presente y futuro del planeta tierra y de los seres que lo habitan; y iii) la dimensión del cuidado en el orden socioeconómico y las políticas públicas: en esta tercera dimensión se involucran los grandes y pequeños procesos de toma de decisiones de la sociedad, en sus órdenes políticos y económicos y en la conducción de las políticas públicas, involucrando los esfuerzos para



superar las desigualdades, exclusiones sociales y pobreza, en la búsqueda del acceso universal a los derechos laborales básicos, asistencia social, seguridad social, salud, alimentación, educación, vivienda y patria.

Brasil vive, quizás, uno de sus momentos más trágicos de la historia, en términos de retrocesos oscurantistas (y negacionistas), en términos de no reconocer la dignidad humana en su diversidad, en términos del proceso acelerado de destrucción agresiva del medio natural y en términos de un complejo conjunto de fechorías en sus procesos de toma de decisiones -que adquieren el color de populismo irresponsables- buscando a toda costa la continuidad en el poder.

La posible y necesaria ruptura epistemológica, aquí sugerida, requiere una revisión radical de nuestras obras, áreas de trabajo y formas de vivir, y requiere una gran reactivación de los esfuerzos de educación popular, por un lado, y de impacto público, por otro, para que podamos ser efectivos en el grande desafío de pasar de la “cultura de la indiferencia” a la “cultura de la atención” en todos los niveles y dimensiones.



Del desarrollo ECONÓMICO INDIVIDUAL al cuidado de la vida en la DIVERSIDAD

Jorge Atilano González Candia¹

La pandemia del COVID 19 nos ha obligado, como sociedad, a detenernos para pensar dónde estamos y a dónde vamos, base fundamental para disponernos al encuentro con lo nuevo. Se trata de una pausa que nos da la oportunidad de analizar lo que nos organiza como sociedad y qué lugar ocupa el cuidado en nuestras vidas. Estamos en un tiempo propicio para reflexionar sobre los principios que nos organizan y este artículo describe algunos puntos que ayuden a repensar las bases sobre las que nos hemos organizado, para abonar a las rupturas epistemológicas que contribuyan a posicionar el cuidado como principio organizador de la sociedad.

¿Cuál es el principio organizador de la sociedad moderna? ¿Qué visión hace justificar las prácticas y las actitudes que hoy nos gobiernan? La respuesta es la visión de un desarrollo económico individual.

La sociedad se configura desde unos principios organizadores con los cuales define sus prioridades, construye el conocimiento y reproduce las estructuras sociales. Su fuerza está en que promueven una visión que arraiga en las personas unos deseos, de tal manera, que generan unas prácticas y unas actitudes que surgen de manera “natural”. ¿Cuál es el principio organizador de la sociedad moderna? ¿Qué visión hace justificar las prácticas y las actitudes que hoy nos gobiernan? La respuesta es la visión de un desarrollo económico individual.

¹ Asistente del Sector Social, Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús.

El desarrollo económico individual

La visión del desarrollo económico individual determina las principales prácticas sociales porque se conecta con deseos primarios del ser humano, sobretudo el deseo de “seguridad”, el deseo de “reconocimiento” y el deseo de “poder”. Tres grandes deseos que describe San Ignacio en la Bandera de Babilonia dentro de sus ejercicios espirituales. La primacía del capital sobre la vida de las personas y del planeta está arraigada en estos deseos de tal modo que parecieran como naturales en toda persona. No logramos imaginar otro modo de vivir la economía, otro modo de vivir lo político u otro modo de vivir lo social. Más bien, nos centra en nosotros mismos y se pierde esa dimensión creadora y trascendental que también existe en el ser humano.

Desde este principio podemos decir que “todo se vale si genera desarrollo económico y nos va a beneficiar individualmente”. Esto permite entender por qué no importan las consecuencias ecológicas o sociales que conllevan el tener una sociedad centrada en lo económico. Es más, este principio organizador nos centra tanto en nosotros mismos, que nos imposibilita relacionar prioridad económica con desastre ecológico o violencia social.

Este principio organizador (visión) va a priorizar aquello que me dé seguridad, reconocimiento y poder (prácticas) y el individualismo, la competencia y la envidia (actitudes). Por tanto, transformar una sociedad que está dañada por la corrupción, la impunidad, el deterioro medio ambiental o la violencia, implica construir otro principio organizador. Y ahí, la Bandera de Jerusalén tiene mucho que decir en esta pausa mundial.

El cuidado de la vida en la diversidad

La pandemia viene a poner en duda nuestro paradigma de “desarrollo económico individual” y recupera la dimensión vinculante del ser humano poniendo al centro de la discusión social el tema del “cuidado”. Incluso, una tensión importante en esta pandemia ha sido el crecimiento económico *versus* el cuidado de la vida, pero no sólo es la vida de las personas, esto incluye la vida del planeta. Esta pausa mundial es una oportunidad para repensar nuestros paradigmas y pensar si el cuidado de la vida en la diversidad tendría que ser nuestro nuevo horizonte organizador.

¿En dónde se arraiga este cuidado de la vida en la diversidad? Hay otros deseos en el ser humano que se han visto opacados por los “placeres aparentes y alegrías

desbordantes” que brinda el desarrollo económico individual. Se trata de deseos más profundos y más arraigados en las personas, que provienen y se alimenta de su relación con el entorno: son el deseo de “libertad”, de “autenticidad” y de “cuidado”. Son deseos tan profundos y arraigados que, ante un desastre natural o una pandemia, surgen como naturales, y ahí tenemos claves importantes para comprenderlos.

Normalmente, al ver la desgracia del otro me detengo, me conmuevo y busco la manera de apoyar. Eso ha pasado cuando surgen los temblores, los huracanes y las pandemias. Ahí aparece algo que es nuestro: la libertad para detenernos y compartir el tiempo, compartir unos viveres u organizar una colecta; en esa acción queda la sensación de satisfacción que nos hace sentir “auténticos”, incluso construimos narrativas que nos identifican y renuevan nuestro orgullo de raza humana; pareciera que algo nos conecta con un deseo mayor, el deseo de “cuidar la vida en su diversidad”.

La pandemia nos recuerda que somos seres vinculados y vinculantes, lo que sucede en Wuhan afecta a Río de Janeiro y El Salvador. Estamos determinados por la vida de los otros. Se trata de una realidad que desenmascara nuestras utopías individualistas y pone en duda esos deseos de “seguridad”, “reconocimiento” y “poder”. El problema está en que, como sociedad, no sabemos hacer otra cosa. Los deseos de “libertad”, “autenticidad” y “cuidado” no están ejercitados ni posicionados, de tal modo que nos resulta lejanos.

La pandemia viene a poner en duda nuestro paradigma de “desarrollo económico individual” y recupera la dimensión vinculante del ser humano poniendo al centro de la discusión social el tema del “cuidado”. Incluso, una tensión importante en esta pandemia ha sido el crecimiento económico versus el cuidado de la vida, pero no sólo es la vida de las personas, esto incluye la vida del planeta

El cuidado

La contemplación del mundo hace comprender que el cuidado es el principio organizador del universo, el cual hace posible la vida en el planeta y del cual es necesario participar para recuperar la armonía social. Nadie puede poner en duda la existencia de un dinamismo de cuidado que hace posible la vida en el planeta; más bien, cuando el ser humano pretende organizar un territorio daña la armonía con la naturaleza.

El cuidado surge de una conciencia de vinculación con todo lo existente: estamos vinculados con un origen, con un entorno, con una historia y con una comunidad. La racionalidad moderna nos hace ver como individuos separados, asumiendo como “natural” el deseo de progreso y consumo, y esto favorece la pretensión de dominio sobre el otro.

El biocentrismo

Mirar el mundo desde las necesidades del ser humano ha llevado a una degradación medioambiental, debido a que se mira la creación como objeto de explotación y no como sujeto al cual se debe agradecer. Es un antropocentrismo que debe superarse para poner como centro la vida de todos los seres del planeta. El biocentrismo nos recuerda que la vida de las personas depende de la vida de la creación. El asunto es cómo cuidar la vida para que sobrevivan las personas y los seres vivos del planeta, no sólo se trata de conservar la vida para que la disfruten las futuras generaciones, sino cuidar la vida en sí misma.

Una de las causas de la violencia es la pérdida de la dimensión sagrada de la vida en aras de una visión economicista que hace que veamos sólo un pedazo de tierra del que podemos sacar un provecho económico. El biocentrismo, por su parte, permite ponerse en contacto con la belleza y bondad de la creación, y desarrollar una conciencia vinculante que se confirma cuando cuidamos del otro. Caso contrario cuando se separa a la persona de la creación, por esa racionalidad reforzante del individualismo y la fragilidad humana que genera un impulso de dominio.

La diversidad

El afán de generalizar, homologar o universalizar ha llevado a separarse de los contextos locales y olvidar que la vida en el planeta es posible por su diversidad y por un dinamismo de cuidado. El vínculo diverso

acrecienta la red de apoyo de todos los seres, incluyendo las personas; cuando este vínculo llega al origen, a la creación, a la historia y a la misión, los sujetos se sienten sostenidos y con raíces profundas. En la diversificación de nuestros vínculos está la oportunidad para transformar conductas egoístas y generar la cultura del cuidado de la vida.

Diversificar la red social con una conciencia de cuidado hará posible defender la vida de este planeta. Somos seres vinculantes por naturaleza y esto nos pone en una lógica de pluralidad que permite valorar al otro distinto. Una sociedad se hace viable cuando es capaz de incluir a lo nuevo y lo diverso en nuevos acuerdos de convivencia. Algo que requiere de narrativas y símbolos en los que todos se sientan identificados. Ahí el reto de esta sociedad mexicana y latinoamericana.

El cuidado de la vida en la diversidad es el gran principio organizador que hará posible la justicia, es decir, ajustar nuestras relaciones, y la reconciliación, es decir, resignificar nuestras desconexiones en nuevos acuerdos de convivencia con la totalidad, en un diálogo de saberes y de tiempos, que hagan posible la experiencia de la unidad.

La pandemia nos recuerda que somos seres vinculados y vinculantes, lo que sucede en Wuhan afecta a Río de Janeiro y El Salvador. Estamos determinados por la vida de los otros. Se trata de una realidad que desenmascara nuestras utopías individualistas y pone en duda esos deseos de “seguridad”, “reconocimiento” y “poder”



GÉNERO Y PANDEMIA: **dos constataciones y una esperanza**

Karina Fonseca Vindas ¹

Cuando se empezó a ver la pandemia como un hecho que golpearía con dureza, surgieron una serie de narrativas sobre las lecciones que se estaban revelando con la crisis y que auguraban cambios significativos para la humanidad. ¡Este es un virus que viene a acabar con la cultura consumista! vitoreaban unas. ¡No es más que el grito de alerta de un planeta que se calienta peligrosamente!, anunciaban otros. ¡Sociedades del mundo...estamos en un momento de quiebre y transformación por nuestra supervivencia como especie!, pronosticaban los más entusiastas.

¿Qué tanto de estas afirmaciones podrían tener un reverso menos exclamativo y más operativo? ¿Será cierto que un viraje global llegará tomado de la mano de la tan ansiada post-pandemia? No lo sé. Quisiera que el pesimismo no me pasara la factura, pero me cuesta creer que estemos siguiendo un rumbo hacia un mejor lugar común; al menos aún no. Ojalá y sí suceda pronto. Me gana el miedo de sentirnos más cerca de la extinción, que en cualquier otro periodo de nuestra historia reciente. Y no por los estragos que estamos experimentando con la pandemia por el COVID-19, sino por las crónicas y crecientes problemáticas que no hemos sido capaces de resolver para garantizar una coexistencia planetaria digna y armoniosa.

Antes de la pandemia, la igualdad de género me parecía lejana, pero a la vez esperanzadora. Siempre me he sentido haciendo parte de un proyecto ancestral, una pieza milimétrica de un enorme rompecabezas al que ya lográbamos reconocer algunas formas. Que los cambios en materia de género se esta-

Antes de la pandemia, la igualdad de género me parecía lejana, pero a la vez esperanzadora. Siempre me he sentido haciendo parte de un proyecto ancestral, una pieza milimétrica de un enorme rompecabezas al que ya lográbamos reconocer algunas formas. Que los cambios en materia de género se estaban dando y que avanzaban despacio. Muy despacio y a un costo brutal, pero iban llegando, instalándose de a poco, abriéndose camino como las raíces de un árbol terco y frondoso en una acera urbana. ¿Será que algo de eso se está acelerando con la crisis sanitaria actual o al contrario corren tiempos de retrocesos?

¹ Comisión Provincial del Apostolado Social Centroamérica



Que la crisis sanitaria va a convertirse en punta de lanza para que el reparto equitativo del trabajo dentro de casa se asiente y consolide parece no estar en el horizonte, sino más bien resurgen con fuerza los roles tradicionales en los que se perpetúan las mujeres, pero con el engañoso consuelo de una presencia más activa en la esfera pública y en la generación de ingresos propios.

ban dando y que avanzaban despacio. Muy despacio y a un costo brutal, pero iban llegando, instalándose de a poco, abriéndose camino como las raíces de un árbol terco y frondoso en una acera urbana. ¿Será que algo de eso se está acelerando con la crisis sanitaria actual o al contrario corren tiempos de retrocesos?

No me atrevo a pensar que estemos en un momento histórico de rupturas que nos lanzarán hacia adelante en lo que respecta a la reducción de las brechas de género. Me inclino más a creer que podrían estarse agravando muchos de los dinamismos sociales anacrónicos y destructivos de un sistema patriarcal que goza de buena salud; en una época en la que, paradójicamente, vivimos con un miedo feroz por una enfermedad que acecha y mata. Sin intentar ser conclusiva o determinista, comparto dos constataciones que, a mi criterio, levantan las alertas y colocan las expectativas de cambio en un lugar menos alentador.

Primera constatación: las enraizadas asimetrías entre hombres y mujeres en la vida doméstica

Si algo se ha puesto de manifiesto en esta época de cuarentena, teletrabajo y *homeschooling*, es lo poco que se avanza en la distribución justa de las responsabilidades generales de cuidado. El cuidado que no sólo hace referencia a la crianza, aunque ello sea lo que más se asocie a este término, sino a todo lo que hace posible la vida en el plano más elemental de los afectos y la protección.

En la gran mayoría de los casos, el teletrabajo masculino se hilvana con escasas y débiles puntadas a los cambios abruptos que ha experimentado la vida familiar en estos tiempos de confinamiento. El hombre ha variado la ubicación física de sus tareas remuneradas y apenas poco más. La mujer que trabaja con paga, adiciona muchas horas a sus múltiples agendas laborales en este nuevo modo de funcionar. Nada más distante de una conciliación real y equitativa en las obligacio-

nes domésticas. Lo anterior tiene una serie de aristas que apunta a una decepcionante realidad que es remarcada en este contexto: el trabajo fuera de la casa para las mujeres es alentado por un modelo económico que así lo exige, pero a un costo muy alto de desgaste general, lo que perversamente también conviene al mismo sistema que lo promueve. Se saca provecho de las mujeres, pero a la vez se les aplaca y agota.

Que la crisis sanitaria va a convertirse en punta de lanza para que el reparto equitativo del trabajo dentro de casa se asiente y consolide parece no estar en el horizonte, sino más bien resurgen con fuerza los roles tradicionales en los que se perpetúan las mujeres, pero con el engañoso consuelo de una presencia más activa en la esfera pública y en la generación de ingresos propios. Los desbalances en el cuidado se tornan cada vez más evidentes e insostenibles, en una coyuntura que reclama una mayor participación de los hombres que se ven también obligados a permanecer en sus casas.

La vida laboral externa para la inmensa mayoría de las mujeres se ha erigido en torno un perjudicial atributo que no debemos admitir como una cualidad, sino más bien como una desventaja: ser *multitasker*. Además, contamos en el auxilio de otras mujeres que ponen sus espaldas para la causa (abuelas, hermanas, amigas y trabajadoras domésticas), ocupando un papel central en el cuidado, lo que ha postergado los cambios estructurales que requerimos. Se necesitan acuerdos justos entre mujeres y hombres para que el cuidado, en todas sus dimensiones, sea percibido como una labor vital, otorgándole la misma importancia que otros empleos, aún y cuando no se le atribuya un valor monetario.

Con el COVID-19, el hombre se ha movido poco de su lugar, la mujer ha tenido que hacer malabares, pero con una afectación física y mental mayor. La caricatura que circula desde hace muchos años, en la que una mujer profesional, con cara de agotamiento, asciende con un enorme bulto a cuestras sobre sus

hombros en una ruta empinada, y su contraparte, el hombre, con un camino más llano y con un semblante relajado, sigue siendo el resumen de las sociedades desiguales que no tenemos forma de ocultar. Con la pandemia no parecen asomarse las señales necesarias que den cuenta de un viraje cultural hacia la igualdad. Tal vez, todo lo contrario.

Segunda constatación: la subrepresentación de las diversas realidades y demandas femeninas

Y qué mejor evidencia que la primera constatación de este mismo texto. Reconocer nuestras propias contradicciones y los lugares desde los cuales hablamos son puntos de partida para animar las transformaciones y escuchar(nos) desde diversos lugares. Lo cierto es que las inequidades en la vida laboral y profesional entre hombres y mujeres no representan la prioridad más abrumadora, en lo que se refiere a la vulneración de derechos de la inmensa mayoría de las mujeres y las niñas alrededor del mundo. Para desdicha nuestra, en una época de grandes transformaciones tecnológicas y de avances de toda índole, 1.300 millones de personas en el planeta son pobres y de éstas, el 46% lo son de manera severa; según datos del 2018 de la ONU. Las mujeres, son las más pobres entre los pobres y sobreviven precariamente y en circunstancias en las que suelen enfrentar múltiples formas de violencia, de las más brutales. Es esperable que las consecuencias del COVID-19 lleve a millones más a sumarse a estas lamentables cifras.

En las sociedades del siglo XXI se sigue perpetrando, avalando, consintiendo y, en innumerables ocasiones, trasladando la responsabilidad de los crímenes por violencia machista a las mismas mujeres y niñas que han sido víctimas o sobrevivientes. Ejemplos concretos sobran: si de algo carecen las mujeres migrantes en su tránsito y destino es de una vivienda digna; las agobia profundamente la falta la protección en un espacio fi-

sico en el que puedan sobreponerse al desplazamiento forzado que han vivido y buscar cómo salir adelante, en la mayoría de casos con hijos e hijas a cargo. Paradójicamente, la seguridad nunca ha estado dada a *priori* por tener un techo sobre tu cabeza, menos aún para las mujeres extranjeras. La falta de un estatus migratorio las vulnera aún más, colocándolas en la clandestinidad y con un miedo permanente que las inhibe de denunciar en la policía, solicitar atención médica o en otras instituciones, cuando tratan desesperadamente de escapar de situaciones complejas de violencia doméstica.

Por eso, no cabe duda que el hacinamiento y el encierro en tiempos de pandemia son una trampa mortal para todas ellas, cuyo peligro se incrementa drásticamente al verse sometidas a la presencia continua de hombres violentos en sus mismos espacios. Algunas analistas han señalado que la crisis sanitaria está llevando a las mujeres y a las niñas a mayores niveles de exposición a la violencia, especialmente la sexual, más infecciones de transmisión sexual, aumento de embarazos no deseados, muchos de los cuales son producto del incesto y sin lugar a dudas un aumento vertiginoso en las afectaciones a la salud mental. Aquí ni siquiera mencionamos el hambre, la pérdida de ingresos y la disminución del acceso oportuno a la salud, que están a la base de las múltiples afectaciones que se han agudizado.

La tragedia que representa para las niñas y las mujeres tener que asumir maternidades tempranas y forzadas, la falta de elaboración de sus traumas por abusos reiterados y la impunidad en la que se mantienen los perpetradores, parecen ser problemáticas acrecentadas hoy día y que tendrán efectos devastadores en el largo plazo. Los análisis aún son incipientes, pero ya resuenan las alarmas sobre los modos en los que violencia machista contra las mujeres y las niñas se están elevando de forma dramática con la crisis sanitaria mundial, de ahí que insistamos en que también es una pandemia y que debemos actuar con la misma vehemencia para erradicarla.

En las sociedades del siglo XXI se sigue perpetrando, avalando, consintiendo y, en innumerables ocasiones, trasladando la responsabilidad de los crímenes por violencia machista a las mismas mujeres y niñas que han sido víctimas o sobrevivientes

La esperanza. ¡Reivindiquemos todas las dimensiones del cuidado!

Y como las mujeres sabemos mucho sobre sostener la vida, podemos sostenernos también en la esperanza de que las relaciones humanas pueden ser mejores. Si algo nos ha quedado claro en esta crítica etapa que nos toca enfrentar es que el cuidado es central, siempre. Las mujeres entendemos bien esa dimensión y ponemos mucho empeño y ternura en ello. Leí por ahí que la ternura es revolucionaria, así que hoy más que nunca nos corresponde proponerla con valentía y sin subestimarla. Necesitamos la ternura masculina en la vida que nos toca construir en comunidad, juntas y juntos.

La justicia de género, no pasa exclusivamente por la incorporación femenina en los espacios públicos, el acceso a puestos de trabajo en mejores condiciones, por el liderazgo político o por la soberanía sobre nuestros cuerpos. ¡Claro que todo ello es absolutamente indispensable! Pero urge que corra, en paralelo, un cambio cultural en la forma de entender y posicionarnos en las tareas y relaciones más cotidianas, privadas y familiares; que han sido históricamente desvalorizadas y, por tanto, confiadas a las mujeres.

El cuidado, la ternura, la empatía, el hogar son palabras revolucionarias e imprescindibles para hacer posible la vida. Si entendemos eso, hombres y mujeres, si lográsemos apropiarnos de su fuerza y de su relevancia, habremos superado esta grave crisis, llevando con nosotros nuevas habilidades y propuestas para reconciliarnos con el planeta y con quienes le habitan.

El cuidado, la ternura, la empatía, el hogar son palabras revolucionarias e imprescindibles para hacer posible la vida. Si entendemos eso, hombres y mujeres, si lográsemos apropiarnos de su fuerza y de su relevancia, habremos superado esta grave crisis, llevando con nosotros nuevas habilidades y propuestas para reconciliarnos con el planeta y con quienes le habitan

Luego de la pandemia, que pasará, sin duda pasará, ojalá tengamos muy en cuenta que fue el cuidado el que salvó muchas vidas, y que únicamente el cuidado nos salvará más adelante. Por eso tenemos que conectarnos con la majestuosidad de su significado. Solo así, reaprendiendo a cuidarnos, no desde las asimetrías o roles preestablecidos, sino desde un compromiso pleno con la justicia que nos convoca a los unos y a las otras.



Inclusión de la diversidad epistémica: necesidad más allá de la pandemia

19

*Todos vamos en el mismo
barco, pero no todos tienen
acceso a los chalecos
salvavidas ni espacio en los
botes de emergencia. De
aquí que, ampliar la mirada,
integrar perspectivas y
aportar a la construcción
de un panorama general e
incluyente de la realidad,
resultan imperativos para
enfrentar esta situación
sanitaria global*

Cristian Peralta, S.J.¹

Comprender la realidad, con su diversidad y sus matices, exige hacerse de un buen nivel de ‘competencia epistémica’, es decir, de “la capacidad y la voluntad de examinar los marcos y encuadres en los que se produce el conocimiento”². Dicha competencia se nutre de un honesto ejercicio intelectual que reconoce la parcialidad de la propia mirada y que da cabida a esa honda necesidad humana de encuentro y diálogo. El encuentro sincero y los diálogos transparentes, en los que se colocan sobre la mesa los puntos de vista desde donde cada quien lee la realidad, nos abren nuevas perspectivas y nos liberan de los puntos ciegos inherentes a toda percepción particular. En tiempos de individualización, de hiperconsumo, de arraigadas desigualdades sociales y de algoritmos que nos encierran en círculos de autorreferencia, ser conscientes de que la perspectiva propia es limitada y cómo ésta condiciona nuestro modo de evaluar y dar solución a los problemas que nos rodean, es un acto profético y humanizador que posibilita la apertura de espacios de inclusión y compromiso solidario.

¹ Jesuita de la República Dominicana (Provincia de las Antillas), actualmente realiza estudios de doctorado en la Universidad Pontificia Comillas.

² Vural Özdemir, Simon Springer, Colin K. Garvey y Mustafa Bayram, (2020): “COVID-19 Health Technology Governance, Epistemic Competence, and the Future of Knowledge in an Uncertain World”, *OMICS A Journal of Integrative Biology*, n.º 8 451 (451-453). En <https://www.liebertpub.com/doi/pdf/10.1089/omi.2020.0088>

El virus SARS-CoV-2 ha provocado una situación global que exige una respuesta coordinada y comprometida con todas las realidades humanas. En este contexto, la exclusión no es una opción éticamente plausible. El COVID-19 representa el enorme desafío de integrar perspectivas diversas en aras de brindar apoyo y cuidado a una amplia variedad de poblaciones afectadas. Y es que, de forma inesperada, la pandemia nos ha enrostrado una vulnerabilidad compartida que, fruto del individualismo imperante, nos empecinábamos en negar. Todos somos susceptibles a ser contagiados por el virus, aunque ni su gravedad ni el acceso a los medios para prevenirlo y combatirlo son los mismos para los posibles afectados. Ciertamente, todos vamos en el mismo barco, pero no todos tienen acceso a los chalecos salvavidas ni espacio en los botes de emergencia. De aquí que, ampliar la mirada, integrar perspectivas y aportar a la construcción de un panorama general e incluyente de la realidad, resultan imperativos para enfrentar esta situación sanitaria global.

Ante la demanda de integración de realidades diversas, emergen preguntas que tienen una vocación transformadora y son una llamada a la responsabilidad social: ¿Por qué algunas personas quedan excluidas de participar y de disfrutar plenamente de sus derechos en la configuración social de nuestros países? ¿Quiénes representan a los excluidos, esa población marginada, ahogada por la pobreza y la falta de oportunidades, en la búsqueda de soluciones viables a esta situación sanitaria global? ¿Nuestras respuestas a la pandemia parten de una perspectiva integradora de las distintas realidades sociales que interactúan en nuestros países? ¿Qué significa salvar la economía frente a los altos porcentajes de trabajo informal y de precariedad laboral en nuestra región? ¿Cómo dar acceso a servicios sanitarios de calidad a toda la población ante una política sostenida y generalizada de privatización del sector salud? ¿Qué respuesta dar cuando la pobreza es la 'condición preexistente' que agrava la situación sanitaria? ¿Qué significa 'confinamiento' y 'aislamiento domiciliario' para zonas donde el hacinamiento y el acceso a los servicios básicos no ha tenido eco en las políticas públicas por décadas? ¿A quiénes se incluye cuando se utilizan términos como 'teletrabajo' o 'educación digitalizada'? ¿Qué tan justo es para las poblaciones más vulnerables volver a la ansiada 'normalidad'?

Dependiendo de la capacidad integradora de las respuestas que demos a las preguntas anteriores, podríamos caer o no en las denominadas 'brechas epistémicas'. Las brechas epistémicas son los sesgos que inciden en nuestro modo de analizar y dar respuesta a los problemas de la población, al no tener en cuenta las perspectivas de todos los afectados. Un ejemplo de

Las brechas epistémicas son los sesgos que inciden en nuestro modo de analizar y dar respuesta a los problemas de la población, al no tener en cuenta las perspectivas de todos los afectados

lo anterior es lo que refiere Cristian Timmermann al analizar el modo en que algunas medidas sanitarias y económicas han sido copiadas e implementadas de forma acrítica por algunos países:

“esas decisiones demuestran que los encargados de la formulación de las políticas no sólo desconocen las circunstancias de grandes grupos de la población, sino que incluso son inconscientes del hecho de que no tienen en cuenta el panorama general, con el resultado de que no buscan ni están dispuestos a considerar diferentes estrategias sugeridas por personas que tienen una autoridad epistémica sobre el tema”³.

Esto nos descubre una larga historia de exclusión y falta de representación efectiva de los grupos más vulnerables de la población en la elaboración de las políticas públicas que les afectan. Aún nos queda un largo camino de inclusión, fomento e institucionalización de los procesos de participación. La pandemia nos urge a una apuesta profunda y sistemática por procesos democráticos, que ayuden a definir las políticas públicas en los contextos particulares, y con el concurso de los actores sociales que interactúan en ellos. Es lo que Philip Kitcher denomina la creación de “un esquema cognitivo de valores formado democráticamente”⁴, es decir, un esquema que garantice la inclusión de la diversidad de valores y perspectivas que interactúan en un contexto determinado, de manera que, las políticas públicas, reflejen la pluralidad existente en las poblaciones afectadas. Esto presupone, además, reconocer que las políticas públicas tienen múltiples posibilidades de resultado según los contextos socioeconómicos y culturales donde se implementen. En definitiva, se hacen necesarias sociedades democráticas cuyos acuerdos y políticas reflejen y respondan a su ‘diversidad epistémica’.

3 Cristian Timmermann (30/7/2020): “Epistemic Ignorance, Poverty and the COVID-19 Pandemic”, *Asian Bioethics Review* 2 (1-9). En <https://doi.org/10.1007/s41649-020-00140-4>

4 Cf. Philip Kitcher, (2011): “Science in a Democratic Society” en *Scientific Realism and Democratic Society: The Philosophy of Philip Kitcher*, ed. por Wenceslao J. Gonzalez, Amsterdam/New York, NY: Rodopi, 95-112.

“Las experiencias vividas por los grupos vulnerables se definen por una forma de *injusticia epistémica*: el rechazo del conocimiento de sus propias vidas y necesidades que experimentan los grupos socialmente marginados. [...] La vulnerabilidad se produce en la brecha de la salud mundial entre quienes tienen el poder de definir y descartar los conocimientos y necesidades, y quienes están siendo definidos y descartados. Una pandemia puede ser un llamamiento para que se reconozcan y reparen las rupturas socioculturales, sociopolíticas y sociohistóricas que generan vulnerabilidad dentro de categorías específicas de grupos marginados”⁵.

La pandemia nos coloca ante el desafío de la inclusión y la participación de los grupos más vulnerables. De hecho, el concepto mismo de vulnerabilidad debe superar los límites corporales y sanitarios en los que hasta ahora se ha definido, en este sentido:

“Se podrían distinguir dos grupos de vulnerables: aquellos que son vulnerables por su situación en la vida: madres, niños y personas de edad avanzada, discapacitadas o en riesgo para la salud debido a dónde viven y trabajan o cómo viven y trabajan; y aquellos que se vuelven vulnerables debido a su condición socioeconómica y las formas en que la sociedad trata con ellos”⁶.

Crear mecanismos de participación para que las personas vulnerables y las que han sido vulneradas en sus derechos puedan colaborar desde sus experiencias y puntos de vista, con sus recursos y habilidades, en la configuración de las políticas públicas necesarias para hacer frente a la pandemia, resulta imprescindible para el manejo efectivo de la misma. La autoridad epistémica de aquellos que conocen sus recursos, necesidades y circunstancias ha de ser un medio decisivo para salvar vidas. Ignorar los puntos de vista y los contextos de los marginados es una irresponsabilidad epistémica que conduce a la ineficacia de las medidas sanitarias, que tiene como nefasto resultado la muerte de los de siempre, los últimos; esos que, parafraseando a Eduardo Galeano, no tienen nombre, sino que engrosan frías estadísticas.

Existen experiencias exitosas de inserción epistémica de grupos tradicionalmente excluidos en la búsqueda de una mayor efectividad de los programas de salud preventiva. Un ejemplo de ello es la inclusión de recursos epistémicos y metodológicos de los indígenas

australianos para la adecuación de los programas de prevención del cáncer, que ha servido como modelo para la configuración de los programas educativos dirigidos a la población africana en Australia. Los que han implementado este modelo afirman:

“La incorporación de epistemologías y metodologías autóctonas puede crear marcos y estructuras descolonizadas que exploren soluciones locales innovadoras para futuras intervenciones sanitarias. Por consiguiente, sugerimos que las comunidades africanas se consideren como asociados en materia de conocimientos que contribuyen a la solución compartiendo sus formas culturales de hacer, conocer y ser, en lugar de ser participantes pasivos que necesitan ser protegidos. Esto puede contribuir en gran medida a informar sobre posibles modelos de intervención que sean eficaces y culturalmente apropiados. Esos resultados también darían lugar a programas culturalmente seguros, apropiados y culturalmente competentes por parte de los africanos y para los africanos”⁷.

Lo mismo podría resultar para el contexto de América Latina y el Caribe. Poner el acento en la democracia epistémica⁸ para la configuración de las políticas sanitarias frente al COVID-19, no solo garantizaría una mayor efectividad de dichas medidas, sino que podría ser el inicio de un camino de inclusión de las comunidades tradicionalmente marginadas de los círculos de decisión y poder. La tarea es ardua, pero la deuda con los más pobres y las minorías en América Latina es aún mayor. Nuevamente, la exclusión como opción es éticamente inadmisibles ante las fatales consecuencias que acarrea.

La pandemia nos coloca ante el desafío de la inclusión y la participación de los grupos más vulnerables. De hecho, el concepto mismo de vulnerabilidad debe superar los límites corporales y sanitarios en los que hasta ahora se ha definido

5 Ayesha Ahmad, et al., (9-15/5/2020): “What does it mean to be made vulnerable in the era of COVID-19?”, *The Lancet* 395, n.º 10235 1481-1482. (Cursivas nuestras).

6 Council for International Organizations of Medical Sciences, (1994) “Health Policy, Ethics and Human Values – An International Dialogue”, en *Organization, activities and members*, Switzerland: CIOMS: 25.

7 Tinashé Dune, et al., (06/2020): “Use of Indigenous Informed Epistemologies can inform Intervention Models to Fight COVID-19 in Africa”, *African Journal of Reproductive Health*, n.º 2, 47 (46-48).

8 Cf. Marco Boschele, (08/2020): “COVID-19 Science Policy, Experts, and Publics: Why Epistemic Democracy Matters in Ecological Crises”, *OMICS: A Journal of Integrative Biology*, n.º 8. En <https://doi.org/10.1089/omi.2020.0083>

La **ESCUCHA** del otro como **RUPTURA** del PROPIO **DECIR**

Milciades González Espinola S.J.¹

Este artículo es escrito desde el Paraguay y este es su *locus* o su *tekoha* (su lugar de vida). Para desarrollar la idea de la necesidad de un cambio epistemológico y tomar conciencia del “Cuidado de la Casa Común”, me referiré a una pintoresca anécdota, ocurrida en el año 1768, en que se narra el pedido de unos loros del Paraguay, de parte de su Majestad el Rey de España. A propósito de esta anécdota el padre Bartomeu Melià escribió, en el año 1996, en la revista *Acción*, lo siguiente: “Esa historia de loros nos muestra cómo la gran política y los episodios que cambian la historia de los pueblos se viven a veces en pequeñas anécdotas cargadas de sentido. Eran los años en que el Paraguay cambiaba de voz y de rostro”.

El suceso de los loros puede ayudarnos a pensar nuestro tiempo desde acontecimientos pasados. El pasado puede iluminar el presente, de modo a vislumbrar un futuro en un tiempo en el que es tan complicado tener las cosas “claras y distintas”. Veamos el insólito pedido del Rey y, a su vez, la aún más insólita respuesta de los guaraníes, sobre todo una de ellas de la que podemos aprender y mucho.

El episodio se da en el contexto de la expulsión de los jesuitas de todos los dominios de España, decretada por el Rey Car-

¹ Director del CEPAG y de la Revista Acción. Delegado para el Apostolado Social en la Provincia del Paraguay. Responsable del Departamento de Lengua y Cultura Guaraní del CEPAG.

los III, el 27 de febrero de 1767. Sin embargo, en el caso del Río de la Plata, dicho decreto no pudo ser efectivizado inmediatamente, pues los jesuitas no podían dejar a la deriva los 30 pueblos guaraníes que estaban bajo su cuidado. La retirada de las reducciones solo se dio en 1768, cuyo episodio final sabemos fue catastrófico; lo que aquí vamos a ver es un acontecimiento específico mientras se concretaba dicha expulsión.

Durante un siglo y medio los jesuitas y los guaraníes habían creado una nueva civilización o habían hecho posible la utopía o, en palabras más comedidas, “una colonia dentro de la colonia” o “la creación de un lenguaje cristiano en las reducciones jesuíticas del Paraguay” como lo afirmó el padre Melià en su tesis doctoral de 1969. Uno de los elementos principales de la vida en las reducciones fue la evangelización en la lengua indígena, cuyos autores no fueron solo los jesuitas, sino también los indígenas guaraníes. En el momento de la expulsión, las reducciones ya tenían versados escritores guaraníes quienes eran capaces de poner en papel su decir indígena. Este decir se hizo sentir cuando los indígenas guaraníes recibieron el pedido del Rey.

Hubo una airada reacción de los indígenas ante la expulsión de los jesuitas, pues ellos no entendían cómo era posible que su protector el Rey les estaba dejando sin “sus queridos padres: *San Ignacio ra'y reta*” (los hijos de San Ignacio). Ante la disconformidad de los guaraníes, el gobernador de Buenos Aires, Francisco de Paula Bucarelli, realizó una práctica política, tan habitual hasta nuestros días, que es la de invitar a los caciques y corregidores a visitarlo, con el fin de comprarlos con miles de promesas y descabezar el cabildo de las reducciones.

Una inesperada respuesta

Mientras estaban disfrutando de los agasajos del gobernador, el pueblo de San Luis recibe la carta de su corregidor y su cacique en la que se les hace el pedido de Su Majestad, que no supo ver la magnitud del problema, pues como afirmó Melià a propósito de este episodio “el horno no estaba para bollos ni el patio para loros”. No se podía destruir de un plumazo lo que se había construido en 160 años. La respuesta del cabildo de la reducción de San Luis fue totalmente en guaraní, aquí presentamos la traducción castellana que suponemos habrá llegado hasta el Rey o, por lo menos, al Gobernador de Buenos Aires.

Durante un siglo y medio los jesuitas y los guaraníes habían creado una nueva civilización o habían hecho posible la utopía o, en palabras más comedidas, “una colonia dentro de la colonia” o “la creación de un lenguaje cristiano en las reducciones jesuíticas del Paraguay”

Dios te guarde a ti que eres nuestro padre, te decimos nosotros, el Cabildo y todos los caciques, con los indios e indias y niños del pueblo de San Luis. El Corregidor Santiago Pindó y D. Pantaleón Cayuarí con el amor que nos profesan, nos han escrito pidiéndonos ciertos pájaros que desean enviarnos al Rey. Sentimos mucho no poderse los enviar, porque dichos pájaros viven en las selvas donde Dios los crio, y huyen volando de nosotros, de modo que no podemos darles alcance. Sin que eso obste, nosotros somos súbditos de Dios y de nuestro Rey, y estamos siempre deseosos de complacerle en lo que nos ordene; habiendo ido tres veces a la Colonia como auxiliares, y trabajando para pagar el tributo, y pidiendo como pedimos ahora que Dios envíe la más hermosa de las aves, que es el Espíritu Santo, a ti y a nuestro Rey para iluminaros y que os proteja el Santo Ángel.

Por eso, llenos de confianza en ti, te decimos: Ah, señor Gobernador, con las lágrimas en los ojos te pedimos humildemente dejes a los santos Padres de la Compañía, hijos de San Ignacio, que continúen viviendo siempre entre nosotros, y que representes tú esto mismo a nuestro buen Rey en el nombre y por el amor de Dios. Esto pedimos con lágrimas todo el pueblo, indios, indias, niños y muchachas, y con más especialidad todos los pobres. (...)

Los Padres de la Compañía de Jesús saben conllevarnos, y con ellos somos felices sirviendo a Dios y al Rey, y estamos dispuestos a pagar, si así lo quisiere, mayor tributo en yerba *ka'a miri*.

Ea, pues, señor Gobernador, de cuya bondad no dudamos, oye estas súplicas de unos pobres como nosotros, empenándote en que se cumplan.

Además que nosotros no somos esclavos, ni tampoco gustamos del uso de los españoles, los cuales trabajan cada uno para sí, en lugar de ayudarse uno a otro en sus trabajos de cada día.

Esto es la pura verdad, te decimos, y si se hace lo contrario, se perderá pronto este pueblo y otros pueblos también, para sí, para el Rey y para Dios, y nosotros caeremos en poder del demonio. Y en-

tonces a la hora de nuestra muerte, ¿a quién tendremos que nos auxilie? A nadie absolutamente. Nuestros hijos, que ahora están en los bosques, cuando regresen al pueblo y no vean a los párrocos, hijos de San Ignacio, se irán por los desiertos o los bosques a vivir mal. Ya las gentes de San Joaquín, San Estanislao, San Fernando y Timbó, se han desparramado. Esto sabemos y te decimos, porque después el Cabildo no ha de poder restaurar este pueblo como estaba para Dios y para el Rey.

Por tanto, señor Gobernador bondadoso, haz como te suplicamos.

Y que nuestro Señor te asista y te dé su gracia continuamente.

Esto y no más es cuanto tenía que decirte.

De San Luís, a 28 de febrero de 1768.

Tus pobres hijos, a saber, el pueblo y Cabildo entero. (Al texto le siguen las firmas).

Desde el contexto en el que fue escrito este texto vamos “a reflejar y sacar provecho” para nuestro tiempo. Si bien es cierto que es una traducción castellana, lo primero que cabe resaltar, y que no es un dato menor, es que fue escrito en guaraní y por guaraníes, lo que no se logra de la noche a la mañana. Recordemos que la fundación de la primera reducción jesuítica se dio en el año 1609, o sea que hasta 1768 ha pasado mucha agua bajo el puente de la historia guaraní-jesuítica. Este tiempo transcurrido ha sido testigo de una experiencia única en toda la historia de la humanidad: un diálogo que hizo que el cristianismo tenga otro decir y que una cultura concreta tenga su decir dentro del cristianismo. Esta experiencia es lo que el Rey quiso borrar de un plumazo y lo que los guaraníes quisieron hacerle entender desde su propia lengua.

El decir guaraní, dicho y escrito en este texto, nos revela el modo como ellos se relacionan con la naturaleza. Y eso lo encontramos en la frase: “Sentimos mucho no podérselos enviar, porque dichos pájaros viven en las selvas donde Dios los crio, y huyen volando de nosotros, de modo que no podemos darles alcance”. El lugar de las aves es la selva donde ellas son libres y no entre rejas como acostumbramos hacer.

La negativa de complacer al pedido del Rey es seguida de una plegaria a su favor, lo que nos revela como el cristianismo había ya penetrado en la cultura guaraní y como ellos lo habían encarnado desde su propia experiencia. Desde una cierta ingenuidad cargada de profundidad, los guaraníes piden para el Rey algo mucho mejor: “que Dios envíe la más hermosa de las aves, que es el Espíritu Santo, a ti y a nuestro Rey para iluminaros y que os proteja el Santo Ángel”.

La mentalidad indígena abierta a las figuras metafóricas como la del Espíritu Santo le da un impresionante realismo al contenido cristiano, lo que la mentalidad calculadora de Occidente no es capaz de hacer ese tipo de conclusiones.

Otra frase digna de destacar es la siguiente: “Además que nosotros no somos esclavos, ni tampoco gustamos del uso de los españoles, los cuales trabajan cada uno para sí, en lugar de ayudarse uno a otro en sus trabajos de cada día”. Aquí se retratan las contrapartes, por un lado, la cosmovisión indígena basada en el don y la reciprocidad; por el otro, la mentalidad colonial cimentada en el egoísmo ciego. Dicho de otro modo, es el contraste entre la economía del *jopói* (de las manos abiertas) y la del *tepy* (de la venganza donde se le pone precio al don). Es interesante evidenciar que después de un siglo y medio de convivencia entre guaraníes y jesuitas, aquéllos no perdieron su economía, parte de su modo ser. Así mismo, ellos no se reconocen españoles, sino guaraníes, cuyos modos de vida son totalmente diferentes al espíritu colonial.

El cabildo guaraní le responde al Rey “nosotros no somos esclavos”. Ellos eran conscientes de que la ausencia de los jesuitas sería la vuelta a la esclavitud porque de nuevo quedarían a merced de los encomenderos españoles. La historia posterior les daría la razón, pues una vez que los jesuitas dejaron las reducciones comenzó la debacle indígena, quienes terminaron volviendo a los montes, ya que no contaban con la protección de antes.

El lugar de las aves es la selva donde ellas son libres y no entre rejas como acostumbramos hacer.

El pedido de los loros de parte del Rey no fue solo al pueblo de San Luis, sino también al Cabildo de Loreto, corroborado en otra carta enviada desde este Cabildo, fechada el 13 de marzo de 1768. Diferente del otro, éste accedió al pedido. Una parte de la carta dice lo siguiente:

“Con más confianza que suficiencia de unos pobres Indios nos atrevemos, Excelentísimo Señor, remitir en esta ocasión, con el más profundo respeto, a manos de Vuestra excelencia un loro colorado de la mayor especie, cinco verdes de los medianos, que hablan, y nueve pequeños también verdes, a los cuales acompañan de otro género, pájaros azulescos. Por todo son 17”.

Lo que interesa de este fragmento es que nos brinda un aspecto importantísimo de la cultura guaraní, nos explica el por qué los de la reducción de San Luis no accedieron a enviar al Rey su solicitud. Los loros que hablan son de la especie *Parakau Ñe'engatu*, “el loro de la palabra discreta” que forma parte de la mitología guaraní. Su hablar pertenece al hábitat donde ha nacido, por lo tanto, no se le puede conceder al Rey, pues con él se iría también parte de la propia cultura y este loro solo puede hablar guaraní. A fin de cuentas, con el envío de los loros se estaba rompiendo su significación cultural, se estaba acabando con toda la historia creada entre guaraníes y jesuitas en las reducciones y, junto con ellos, también se irían los queridos padres, hijos de San Ignacio, para dejar a la deriva lo que se había creado durante un siglo y medio de convivencia.

A fin de cuentas, con el envío de los loros se estaba rompiendo su significación cultural, se estaba acabando con toda la historia creada entre guaraníes y jesuitas en las reducciones y, junto con ellos, también se irían los queridos padres, hijos de San Ignacio, para dejar a la deriva lo que se había creado durante un siglo y medio de convivencia

Hacia una escucha intercultural

Esta anécdota, traída al hoy, nos enseña muchas cosas, pero tal vez la más necesaria es ¿qué tanto sabemos escuchar la cultura en la cual estamos insertos? Las reducciones jesuíticas del Paraguay han sido un ejemplo de diálogo intercultural, lo que no significa que no hubo una invasión cultural de parte de los jesuitas al implantar el cristianismo. Pero ellos tuvieron la osadía de saber inculturarse y qué mejor manera de hacerlo que conociendo a profundidad la lengua indígena, cosa que hoy no es práctica institucional, sino solo de unos pocos que deciden seguir ese camino.

La verdadera ruptura epistemológica solo puede darse desde la escucha del otro en su propio idioma, porque es ahí donde la cultura y sus “habitantes se dicen”. Decimos mucho en nombre de los otros sin dejar que el otro, el diferente diga su decir. Para graficar mejor esta realidad pondré un ejemplo venido de estos

días. Un compañero jesuita, quien hizo una experiencia en una comunidad indígena *mbya guaraní*, entabló una relación de amistad con uno de los indígenas, quien usa celular y se comunica a través de whatsapp. Este Cacique constantemente manda mensajes de audios al jesuita para preguntarle términos en castellano que él escucha. Lo llamativo es que muchas de esas palabras o ideas tienen que ver con términos que nosotros utilizamos para hablar de y en nombre de ellos. Una de sus preguntas fue: *Mba'eiko he'ise* violación de género *castellánope*? (¿qué significa violación de género en castellano?). Esta pregunta se da en el contexto de la violación y asesinato de una adolescente indígena ocurrida en su zona, por lo que es probable que lo que él quiso preguntar es qué significa violación de derecho. Este hecho pone de manifiesto que estamos tan acostumbrados a usar expresiones en nombre de los indígenas, sin embargo, ellos mismos desconocen lo que decimos en su nombre. Debemos reconocer con humildad que, muchas veces, cuando hablamos de inclusión en realidad no lo somos, porque no dejamos al otro manifestar su propio decir.

Reconocemos que estamos en un mundo que nos urge romper con estructuras antiguas, eso solo será posible desde una mirada compasiva que, a pesar de las urgencias propias de los tiempos digitales, es capaz de colaborar y esperar con paciencia el cambio que solo lo lograremos todos juntos, sabiendo que habitamos un mundo intercultural. La ruptura epistemológica es lo que San Ignacio llama “salir del propio querer e interés. Esta salida de sí posibilitará que haya espacio para nuevos decires, que no significa solo aprender nuevas lenguas humanas, sino también el mensaje que nos viene desde la propia naturaleza que clama por justicia y reconciliación.



Actualidad del **CRISTIANISMO** en **TIEMPOS APOCALÍPTICOS**



Jorge Costadoat S.J.¹

Se ha planteado la pregunta por el tipo de cristianismo que pueda darse una vez terminada la pandemia, por la modalidad de Iglesia que pudiera estar a la altura de las circunstancias y por el tipo de teología que pudiera validar cambios en estas materias.

El reto teológico, al que me referiré, tiene un contexto. De la atención a este contexto depende la pertinencia de su respuesta; hablaré de él sucesivamente porque varía, sus aspectos son de importancia desigual, aunque se relacionan unos con otros. Por de pronto, constatamos que la crisis planetaria, de la que aún no hemos salido, ha provocado una alteración mayor en la vida de las personas, los modos de trabajar, los medios de transporte, etc.; la escuela y la universidad experimentan modificaciones que persistirán. Somos testigos, en fin, de que la vida social y cultural experimenta cambios importantes. Y, por cierto, no está claro que esta crisis será superada o se agudizará; aun en el caso que fuera superada, el mayor de los cambios difícilmente se producirá: ¿alguien puede realmente pensar que, junto con el término de la pandemia, tendrá lugar el fin del capitalismo?, no podemos ser ingenuos. Tal vez se dé una regulación del neoliberalismo. Los países, quizás, den a los estados mayores atribuciones para organizar las economías. Las personas por todas partes están demandando un mayor protagonismo estatal. Pero ellas mismas ansían volver a consumir como lo hacían hasta antes de la propagación del COVID-19, lo cual es prueba del influjo profundo del capitalismo en el alma de las personas.

Somos testigos, en fin, de que la vida social y cultural experimenta cambios importantes. Y, por cierto, no está claro que esta crisis será superada o se agudizará; aun en el caso que fuera superada, el mayor de los cambios difícilmente se producirá: ¿alguien puede realmente pensar que, junto con el término de la pandemia, tendrá lugar el fin del capitalismo?, no podemos ser ingenuos.

¹ Centro Teológico Manuel Larraín, de la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Alberto Hurtado.

El impacto de la pandemia en las sociedades ha levantado la pregunta por lo que ocurrirá en el plano religioso. ¿Dónde está Dios en todo esto? ¿Qué hace ante los millones de trabajos que se pierden en América Latina y, en primer lugar, ante la enfermedad y muerte de tantísimos latinoamericanos? “Por qué el mal”, es la interrogante que acecha a la humanidad por miles de años. Estas preguntas, ahora también, debieran activar la elaboración de respuestas novedosas. En todo caso, los cambios que es posible avizorar son de distinto calibre. ¿Continuarán los curas celebrando misas por una pantalla? Importa poco. ¿Seguirán las comunidades de base levantando ollas comunes? Es de esperar que sí, si fuera necesario sofocar el hambre de los más pobres; y que no, si el hambre termina.

Independientemente de la importancia que se conceda a estas actividades u otras semejantes, la situación que las motiva no da para plantearse una alteración al nivel de los cimientos de la fe. Nada debiera hacer pensar que la crisis del coronavirus demande un cambio epistemológico en la teología. Para ésta, las fuentes de conocimiento de Dios debieran seguir siendo las mismas. La pretensión de una modificación en este plano nos pondría puertas afuera del cristianismo. Lo que sí puede darse, y es esperable que se produzca, es una reactivación del pensamiento teológico. Pues, de acuerdo a la misma epistemología cristiana, el seguimiento de Cristo, la participación en la actualización de su Reino, de su muerte a causa de este Reino y de su rehabilitación como el Mesías, requiere volver a pensar en la acción de su Espíritu en la historia. ¿Qué teología pudiera activar una nueva praxis cristiana, una que responda a la situación creada por la pandemia?

Ante este reto, la principal tarea de la Iglesia y de la teología en particular es volver a atender a los signos de los tiempos. El problema creado por la pandemia es de tal magnitud, que se ha vuelto perentorio replantearse la pregunta por el quehacer de Dios en los acontecimientos que el COVID-19 ha desencadenado en todas las direcciones del planeta. Por cierto, no cualesquiera acciones humanas, a través de las que obra el Espíritu, es acción de Dios. Los signos de los tiempos han de ser discernidos, pues de ello depende que determinadas acciones prosigan la orientación mesiánica.

En mi opinión, el fenómeno global de la pandemia debe ser ubicado dentro de otro fenómeno global de mucha mayor importancia, de modo que el primero se aborda correctamente si se encara el segundo. La tragedia provocada por el COVID-19 es, en realidad, un

El impacto de la pandemia en las sociedades ha levantado la pregunta por lo que ocurrirá en el plano religioso. ¿Dónde está Dios en todo esto? ¿Qué hace ante los millones de trabajos que se pierden en América Latina y, en primer lugar, ante la enfermedad y muerte de tantísimos latinoamericanos? “Por qué el mal”, es la interrogante que acecha a la humanidad por miles de años. Estas preguntas, ahora también, debieran activar la elaboración de respuestas novedosas

crisis-dentro-de-la-crisis. Ni la pandemia ni ningún otro signo de los tiempos se compara en gravedad a la posibilidad en curso de un cataclismo eco y socio ambiental. *Laudato Si'* (2015) de Francisco constituye, en este sentido, el documento magisterial social más importante desde *Rerum novarum* (1891), y su importancia crece en la medida que ningún esfuerzo nacional o internacional ha sido capaz de detener el calentamiento global provocado por la emisión de los gases con efecto invernadero. La conciencia creciente de una eventual desaparición de la especie humana, representa la mayor llamada de atención del mismo Dios sobre lo que la humanidad debe hacer para revertir el camino al colapso. Nunca antes la humanidad había enfrentado un peligro mayor. Es verdad que numerosos pueblos sufrieron genocidios hasta desaparecer. Ejemplos cercanos los tenemos en varias partes de América Latina. COVID-19 tampoco ha sido la primera peste que ha castigado duramente a poblaciones enteras. Esta vez, sin embargo, todos los pueblos de la tierra enfrentan un peligro mortal.

El escenario es apocalíptico. No debiera extrañar, en consecuencia, que la teología vuelva a la apocalíptica para explicar lo que ocurre e impulsar acciones que ataquen las causas que han puesto el futuro del planeta en entredicho y mitiguen los efectos, comenzando por

El problema creado por la pandemia es de tal magnitud, que se ha vuelto perentorio replantearse la pregunta por el quehacer de Dios en los acontecimientos que el COVID-19 ha desencadenado en todas las direcciones del planeta. Por cierto, no cualesquiera acciones humanas, a través de las que obra el Espíritu, es acción de Dios. Los signos de los tiempos han de ser discernidos, pues de ello depende que determinadas acciones prosigan la orientación mesiánica

los que afectan a los más necesitados, nuevamente las víctimas más lastimadas por una calamidad. No debe esperarse, como se ha dicho, un cambio en la epistemología del cristianismo, pero sí una renovación de la teología apocalíptica que impulse nuevas praxis cristianas.

Debe tenerse en cuenta, en todo caso, que la palabra apocalíptica tiene mala prensa. Pero una mala comprensión de la apocalíptica debe ser distinguida respecto de su concepto original. La mala apocalíptica alimenta temores paralizantes. Tal puede ser su impacto en la psiquis que hace que las personas bajen los brazos y se echen a morir. La versión religiosa mala de la apocalíptica ve en los tsunamis, ciclones, guerras, terremotos, inundaciones y plagas como esta del coronavirus, un castigo divino por los pecados de la humanidad. El dios de las sectas apocalípticas suele entregar a un gurú el relato del *acabo mundi* y el dominio de las mentes de personas incapaces de pasar a otra acción que a la de distribuir panfletos alucinantes.

La buena apocalíptica, todo lo contrario, mueve a la acción con mayúscula. Su origen es bíblico. Surgió unos 150 años A.C. Se contiene en la literatura que quiso hacer justicia a los mártires macabeos que resistieron los intentos por helenizarlos. A las generaciones siguientes, los libros apocalípticos prometieron que un día, al fin del mundo, habría un juicio que rehabilitaría a las víctimas de la injusticia. El libro del Apocalipsis del Nuevo Testamento entronca con esta tradición. Este es un canto al Cristo que fallará en favor de los cristianos perseguidos y matados por el Emperador romano. Ellos, gracias a esta promesa, tuvieron esperanza y resistieron como si fuera razonable vivir en un mundo amenazante.

En el mismo Jesús pre-pascual se reconocen rasgos claramente apocalípticos. Su propia espiritualidad israelita radica en la tradición de los *jasidim*, la de aquellos macabeos, que esperaron un juicio final y una resurrección de los muertos. Jesús apareció en la Galilea de su época anunciando la llegada del Reino de Dios. El fin, comenzado con él, era inminente. En su caso, a diferencia del Bautista que anunciaba un castigo divino, su predicación se caracterizó por ser una buena noticia, a saber, una variedad ilimitada de bienaventuranzas ofrecidas ampliamente a todos y, en primer lugar, a quienes la vida misma les era una mala noticia.

En la cultura predominante de hoy, sin embargo, una cultura para la cual la posibilidad de un juicio final y de un más allá de la historia es delirante, una tal apocalíptica no tiene sentido; lo tiene, paradójicamente, una mala apocalíptica. Los mismos científicos estiman que la vida sobre el planeta tierra se puede extinguir y no falta quien piensa que hemos ya atravesado la línea roja y que no hay mucho más que hacer. Para la teología, en cambio, el peligro mortal que enfrenta la humanidad, prefigurado por la pandemia del COVID-19, se abre el mejor de los campos porque le obliga a lo más suyo, esto es, ocuparse del fin del mundo y el sentido de la vida.

El contexto provoca a la teología y, en particular, la llama a desempolvar el pensamiento apocalíptico. Si se trata de enderezar el curso de la historia, si queremos dar otro sentido a nuestra existencia colectiva, es preciso, sobre todo, recuperar la idea de tiempo propio de la apocalíptica para oponerla la visión moderna del tiempo, pues la modernidad opera como si el futuro de la humanidad fuera a ser siempre mejor por el mero desarrollo de la ciencia y de la técnica. Esta óptica, aún viva, comienza a ser cuestionada. En lo inmediato, no se puede seguir creyendo que los costos sociales del progreso moderno justifiquen un éxito futuro para toda la humanidad. La misma pandemia ha dejado a la vista las enormes desigualdades que las modernizaciones han provocado. No hay futuro para los pobres si en la actualidad no se ejecutan acciones que modifiquen su suerte. Si en algún momento se acusó al cristianismo, con o sin razón, de constituir una *fuga mundi* a una trascendencia alienante, igualmente alienante debe considerarse en el presente la *fuga mundi* al futuro que ofrece la versión capitalista de la modernidad.

En otras palabras, en el siglo XXI, la recuperación de la apocalíptica bíblica debiera contribuir a sustituir el paradigma temporal de la modernidad. Lo hará si combate su idea de un tiempo lineal que favorece una

visión ilusoria del futuro. Su futuro no tiene futuro. Es una ilusión que, en el presente, es causa del desastre ecológico que lamentamos. La buena apocalíptica, por el contrario, en vez de vociferar una ilusión ofrece esperanza; promete a la humanidad un triunfo más allá de la historia a quienes hagan algo por interrumpir el curso al desastre. Es así que la antigua idea de un juicio final recobra la validez. Si hay un juicio, hay un sentido. Si hay un sentido, corresponde practicarlo. El caso es que la historia puede tener un sentido distinto que el que le ha dado la cultura gestada por quienes se han ido apoderando de la tierra y extrayendo de ella, sin piedad, todo lo que puedan convertir en dinero.

Un nuevo sentido de la historia, sin embargo, demanda una modificación de la praxis cristiana que concrete una conversión del corazón a una irrupción de Dios en el presente. A saber, los cristianos tendrían que volver a vivir su vida *sub specie aeternitatis*, conjugando en el presente el tiempo increado con el tiempo creado, solidarizándose ahora con toda la humanidad y todas las especies vivas. Frente a la *fuga mundi* terrorífica de la mala apocalíptica y la *fuga mundi* a un futuro ilusorio de la versión capitalista de la modernidad, los cristianos pueden extraer, de su visión teológica, un *amor mundi*, consistente en mirar el mundo como creación de un Dios que lo ama y que llama a recuperarlo cuanto antes. La praxis cristiana, en este sentido, tendría que enfrentar ambas *fuga mundi*.

Al efecto, se dan dos tipos de praxis complementarias o, más bien, se da una sola praxis con dos aspectos. Uno es el aspecto interior, personal, que comienza con una conversión del corazón. En las actuales circunstancias se requiere un cambio de mentalidad. Esta, a la vez, supone vivencias, exige experiencias nuevas que se dejen inspirar por las experiencias tenidas por otros. A este propósito, los cristianos pueden encontrar en las culturas de los pueblos originarios modos de estar en el mundo, de vivir y de depender de él, de transformarlo y de disputárselo, que nos pueden dar pistas de por dónde seguir. Nos consta que en las experiencias de las personas de estos pueblos se da un saberse en unidad con todos los seres y con Dios, que les hace gozar su co-pertenencia y cuidarla. Algo de esto mismo ha podido darse en la vivencia de los ecologistas de los siglos XX y XXI, aun cuando entre ellos haya gente que no crea en Dios. En su caso, asoma una palabra profética, que se expresa en una lucha por defender el planeta de la agresión permanente a que ha sido sometido por un tipo de desarrollo alucinante y devastador.

El otro aspecto de esta praxis es el político. El desafío, en este caso, es ir más lejos de las derechas e izquierdas regidas por el paradigma del progreso moderno. El desafío político en la perspectiva de una correcta apocalíptica será, en primero lugar, ofrecer justicia a las víctimas social y mundialmente consideradas, a personas y pueblos crucificados, y por esta vía a toda la humanidad en tiempos en que esta enfrenta un peligro inédito de extinción. Una praxis de este tipo tendría que romper con los modelos predominantes y cortar con la cultura consumista que consume al planeta. Si de política se trata, quienes se enrolen en esta causa tendrán que estar dispuestos/as a ser resistidos precisamente por ir contracorriente. No es casualidad que en América Latina los nuevos mártires sean quienes ha salido al paso de las grandes empresas extractivistas que operan como si la tierra no tuviera dueño (*Laudato Si'*, 89).

Todo lo anterior no es nada de fácil de realizar pues requiere de un paso ulterior. Para consistir en una praxis auténticamente cristiana, la teología tendría que articular fe y razón, fe y cultura, fe y ciencia; sin estas articulaciones será imposible que ella relacione fe y justicia, e impulse una praxis profética auténticamente cristiana. Si la teología no intenta tales articulaciones, la separación de los planos de la temporalidad y la eternidad conducirá derecho a la mala apocalíptica y a la práctica de aquella *fuga mundi* que endilga a Dios la salvación de su creación, excusando a sus aterrados devotos de hacer algo para colaborar en su liberación.

El escenario es apocalíptico. No debiera extrañar, en consecuencia, que la teología vuelva a la apocalíptica para explicar lo que ocurre e impulsar acciones que ataquen las causas que han puesto el futuro del planeta en entredicho y mitiguen los efectos, comenzando por los que afectan a los más necesitados, nuevamente las víctimas más lastimadas por una calamidad.



Otro ESTADO es NECESARIO

Omar Serrano¹

En medio del dolor y el temor que ha supuesto la pandemia, la situación ha exigido repensar realidades y sacar grandes lecciones.

Una de las realidades obligadas a ser repensada es la del Estado. Hacemos estas reflexiones pensando en América Latina, pero desde la realidad centroamericana.

“La experiencia confirma que una democracia política que no descansa sobre una democracia económica y cultural no sirve de mucho.”

José Saramago

“Hay suficiente en el mundo para cubrir las necesidades de todos los hombres, pero no para satisfacer su codicia.”

Mahatma Gandhi

No hay país del mundo que en medio de esta pandemia no haya clamado, o por lo menos esperado, la intervención del Estado. Países ricos y pobres, empresarios y vendedores ambulantes han puesto los ojos esperanzados en sus gobiernos. Incluso quienes pregonaban que el Estado era un estorbo y actuaron defendiendo para reducirlo, ahora le reclaman una acción más integral. La pandemia ha demostrado que se necesitan Estados robustos y capaces de garantizar una vida digna para sus pueblos.

En estos meses de pandemia, el principal condicionante de la vida humana ha sido un virus, el COVID-19 ha trastocado muchas dimensiones de la vida: la cotidianidad de personas y familias, los estilos de trabajo, los procesos de aprendizaje, el culto religioso. También ha puesto en entredicho derechos como el de

¹ Vicerrector de Proyección Social de la Universidad Centroamericana en San Salvador, El Salvador.

La pandemia desnudó problemas estructurales, problemas que no son nuevos sino crónicos, tanto que en algunas sociedades se han “normalizado” como si la pobreza, la desigualdad y la exclusión, por citar solo tres, fueran congénitas a la vida nacional. La crisis vino a dejar en evidencia que el modo en el que se ha organizado la sociedad y la economía es inhumano

la salud, la educación, la libre movilización, la libertad de reunión y el trabajo. En medio del dolor y el temor que ha supuesto la pandemia, la situación ha exigido repensar realidades y sacar grandes lecciones. Una de las realidades obligadas a ser repensada es la del Estado. Hacemos estas reflexiones pensando en América Latina, pero desde la realidad centroamericana.

A los ojos del mundo, la buena o mala gestión de la pandemia ha ido acompañada de la percepción sobre el desempeño que han tenido los gobiernos. Así, por ejemplo, la poca incidencia del virus en Uruguay puede ser atribuida a la acertada y oportuna intervención de sus gobernantes y, por el contrario, gobiernos como el estadounidense, el brasileño o el mexicano se ven reprobados por su tardía reacción ante el alto impacto de la pandemia en sus poblaciones. Digamos, entonces, que la crisis ha provocado una especie de revalorización del Estado, por lo menos en las reflexiones iniciales y en algunos discursos de funcionarios. De hecho, una de las grandes lecciones de la pandemia de COVID-19, que parece gozar de consenso mayoritario, es que necesitamos Estados más fuertes, que estén en capacidad de responder, en mejores condiciones, a escenarios como los que todavía estamos viviendo a causa de la pandemia. Falta ver si este convencimiento es duradero o se queda solo mientras se disipa la desesperación por la crisis.

En nuestros países del sur, la lección de necesitar Estados más robustos la hemos aprendido por la vía de su ausencia. El virus llegó a América Latina el 26 de febrero con el primer caso confirmado en Sao Paulo, Brasil. Cinco meses después, para el 26 de julio, la región se había convertido en el principal foco de contagio. La pandemia desnudó problemas estructurales, problemas que no son nuevos sino crónicos, tanto que en algunas sociedades se han “normalizado” como si la pobreza, la desigualdad y la exclusión, por citar solo tres, fueran congénitas a la vida nacional. La crisis vino a dejar en evidencia que el modo en el que se ha organizado la sociedad y la economía es inhumano. La crisis sanitaria y la consecuente crisis económica desnudaron el alcance de las desigualdades sociales y los efectos de la nociva tendencia planetaria a concentrar la riqueza en pocas manos. Como dijimos arriba, esto ya se ha evidenciado demasiadas veces, pero quizá la pandemia nos ayude a entender, por fin, que este camino nos lleva al fracaso. Además, la gestión de otras crisis nos ha enseñado lo que no debe repetirse.

Una salida equivocada

El antecedente de crisis global más cercano comenzó hace escasos 12 años. La crisis en el año 2008 no tuvo su origen en la salud, sino en la especulación financiera. Si el coronavirus nació en la segunda potencia económica mundial, esa crisis nació en la primera. La llamada “burbuja inmobiliaria” en los Estados Unidos provocó efectos mundiales, especialmente en las economías de los países y las familias con menos recursos económicos. La salida que se buscó constituye un antecedente que no debería repetirse. Para la socióloga y escritora argentina, Maristella Svampa, lo que se hizo desde los gobiernos constituye “el peor recuerdo” de la resolución de una crisis². Con poquísimas excepciones, los gobiernos implementaron millonarias ayudas a las grandes corporaciones financieras, incluyendo a sus ejecutivos. El resultado: la crisis dejó a estas corporaciones mucho más ricas que antes. Se ha dicho que la economía ya se recuperó de ese trance, pero hay que decir también que la recuperación supuso un agravamiento de la desigualdad, tanto global como en cada país. Para el año 2018, según el informe de Oxfam publicado en enero de 2020,

La pandemia vino a desnudar realidades

2 Ver, Maristela Svampa (4/2020): “Reflexiones para un mundo post-coronavirus”. En <https://www.nuso.org/articulo/reflexiones-para-un-mundo-post-coronavirus/>

el 82% de la riqueza mundial generada fue a parar a manos del 1% más rico de la población mundial, mientras el 50% más pobre —3.700 millones de personas— no se benefició lo más mínimo de dicho crecimiento³. El rostro de la desigualdad queda retratado en que 2.153 milmillonarios en el mundo tienen más recursos que el 60% de la humanidad, equivalente a 4.600 millones de personas. Para América Latina, el continente más desigual del mundo, el informe señala que el 20% de la población concentra el 83% de la riqueza⁴. Desde el año 2000 al 2019, el número de milmillonarios latinoamericanos pasó de 27 a 104. En el otro extremo, según la CEPAL, 66 millones de personas (10,7 % de la población) viven en extrema pobreza y 184 millones (30,2%) vive en condiciones de pobreza.⁵ Para decirlo en una frase: la solución a la crisis benefició a los más ricos y los más pobres cargaron con los costos, profundizando su vulnerabilidad y aumentando la desigualdad.

Tropezando con la misma piedra

La agudización de problemáticas estructurales, sobre todo cuando afectan las condiciones de vida de cantidades ingentes de población, hace que las emergencias como la provocada por el COVID-19 golpeen con más fuerza. La desprotección social es una de las características de la mayoría de países latinoamericanos. El gasto promedio en protección social (sin salud) de América Latina es una tercera parte de lo que invierten los países de la OCDE (4,9% vs 14,5% del PIB) y la mitad de los que invierten en salud (3,3% vs 6,2%)⁶. Los pueblos de Centroamérica, exceptuando Costa Rica, están pagando el precio del abandono de los sistemas públicos de salud y de la exclusión de la mayoría de la población del mercado de trabajo formal.

Pese a esta realidad, muchos países, durante la pandemia, han comenzado a andar en un camino que no resolverá los problemas y puede agravarlos más. Además de la inversión en las medidas sanitarias de rigor, las ayudas económicas en los países latinoamericana-

La agudización de problemáticas estructurales, sobre todo cuando afectan las condiciones de vida de cantidades ingentes de población, hace que las emergencias como la provocada por el COVID-19 golpeen con más fuerza. La desprotección social es una de las características de la mayoría de países latinoamericanos.

nos han sido destinadas, por lo menos oficialmente, a tres sectores: a población en condición de pobreza, a pequeñas y medianas empresas (PYMES) y a grandes empresas. Un estudio comparativo en 9 países de América Latina sobre las medidas económicas para paliar la crisis⁷, descubrió que entre todos los países se invirtieron aproximadamente 216 mil millones de dólares en la atención de la emergencia. De ese monto, 42 mil millones se destinaron para familias en condición de pobreza, 21 mil millones para las PYMES y 95 mil millones para las grandes empresas. En Centroamérica, a excepción de Nicaragua en donde obtener estadísticas confiables es una quimera, los gobiernos también han destinado ayudas económicas en esta emergencia, ya sea en transferencias monetarias directas o en canastas alimentarias para las familias más pobres, pero también asumiendo el pago parcial del salario de trabajadores de pequeñas y medianas empresas o facilitándoles préstamos, en condiciones muy favorables, para la recuperación de su economía.

Lo peor de la crisis no es el COVID-19

3 Informe de Oxfam Internacional (22/01/2020). En <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/el-1-mas-rico-de-la-poblacion-mundial-acaparo-el-82-de-la-riqueza-generada-el-ano>

4 Oxfam. En <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/los-milmillonarios-del-mundo-poseen-mas-riqueza-que-4600-millones-de-personas>

5 En <https://elceo.com/internacional/pobreza-extrema-en-america-latina-alcanza-su-peor-registro-en-nueve-anos-cepal/>

6 OIT (2018): *Panorama Temático Laboral: Presente y futuro de la protección social en América Latina y El Caribe*, p. 14

7 Calderón C. y García S; (7/2020): "Ayudas estatales y Covid-19 en América Latina" en *Nodal*, <https://www.celag.org/ayudas-estatales-y-covid-19-en-america-latina/>. Los países estudiados fueron Argentina, Ecuador, Bolivia, Colombia, Perú, Chile, Brasil, México y Paraguay.

Pero lo que más ha caracterizado el papel de los gobiernos en Centroamérica ha sido el aprovechamiento de la pandemia para la corrupción y para el autoritarismo. Manuel Reyes Mate, hablando de la memoria histórica, sostiene que “el origen de la justicia es la experiencia de la injusticia”⁸, axioma aplicable a la actuación de los gobiernos en esta pandemia. En momentos en que las necesidades de grandes sectores de la población se hacen más apremiantes, llegando incluso a poner en peligro su sobrevivencia, ya sea por su vulnerabilidad ante la letalidad del virus o por la falta de condiciones mínimas para resistir las prolongadas cuarentenas, varios gobiernos han hecho fiesta con la crisis. En Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua, la pandemia se ha gestionado desde intereses y con criterios políticos, dejando en un plano muy secundario los criterios técnicos. La pandemia ha sido justificación para la gestión de recursos económicos extraordinarios de los cuales no se rinden cuentas y que ya han sido objeto de serios señalamientos de malversación. También la pandemia ha ido de la mano de estados de excepción, dejando muchas veces en manos de los ejércitos la administración de medidas eminentemente sanitarias. Probablemente El Salvador y Honduras sean casos emblemáticos en este sentido, cuyos gobiernos fueron autorizados para gestionar varios miles de millones de dólares para la emergencia, con los cuales han implementado medidas de corte populista y por las cuales no han querido rendir cuentas. Además, han tenido en las Fuerzas Armadas el garante de todas las medidas sanitarias y su principal respaldo para saltarse los mecanismos de control del Estado. A la crisis sanitaria y económica, se ha sumado entonces una crisis democrática que, en el caso salvadoreño, ha desplazado a las dos primeras de la preocupación de la población.

También el medio ambiente

En esta emergencia la situación ambiental no está al margen. Hace casi 50 años, el Club de Roma lanzó una seria advertencia en *Los límites del Crecimiento*: no se puede tener un crecimiento económico infinito cuando los recursos naturales son finitos. La degradación del medio ambiente, el cambio climático y la contaminación son pruebas fehacientes de que no se puede seguir implementando un modelo económico

La pandemia ha sido justificación para la gestión de recursos económicos extraordinarios de los cuales no se rinden cuentas y que ya han sido objeto de serios señalamientos de malversación. También la pandemia ha ido de la mano de estados de excepción, dejando muchas veces en manos de los ejércitos la administración de medidas eminentemente sanitarias.

cuya principal obsesión es el crecimiento infinito y la acumulación de capital. “El planeta no es un depósito de recursos para explotar [infinitamente]”, dijo el papa Francisco en el día mundial de la tierra. Pero ¿qué relación tiene la degradación ambiental con la pandemia? Este es un tema todavía en debate. Investigadores afirman que el COVID-19 (SARS-CoV-2) tuvo su origen a partir de pangolines salvajes que se vendían en un mercado para consumo humano en Wuhan. Semejante a lo que ocurrió antes, con el SARS (2003), la gripe porcina (2009) y el MERS (2012), el contacto entre las especies silvestres y los humanos sería lo que permitió que el virus se transmitiera entre ellas y que derivara en la nueva enfermedad humana —el coronavirus— que se propaga con suma facilidad y rapidez⁹. Pero, además, en la dirección contraria, también se pueden establecer conexiones entre la pandemia y el medio ambiente. De acuerdo a datos de diversos observatorios en materia medioambiental, beneficiario no presupuestado de la pandemia es el planeta: para algunos expertos, la pandemia ha provocado, sin proponérselo, “el experimento a mayor escala jamás visto en términos de reducción de emisiones industriales. Un ‘ensayo’, si podemos llamarlo así, que representa lo que en el futuro podríamos llegar a conseguir si todos los Gobiernos toman medidas globales para desarrollar una economía baja

8 Mate, Manuel Reyes (2011): *Tratado de la Injusticia*. Barcelona, Anthropos, p. 290

9 Cristina O’Callaghan (6/4/2020): “Salud planetaria y Covid-19: la degradación ambiental como el origen de la pandemia actual”; Instituto de Salud Global, Barcelona. En <https://www.isglobal.org/healthis-global/-/custom-blog-portlet/salud-planetaria-y-covid-19-la-degradacion-ambiental-como-el-origen-de-la-pandemia-actual/6112996/0>

en carbono y atajar las causas principales de la **emergencia climática**¹⁰.

Otro Estado es necesario

La pandemia de COVID-19 vino a saldar el debate sobre la necesidad de un Estado más fuerte. Nos demostró que derechos fundamentales no pueden dejarse en manos del mercado. Que la atención en salud y el saneamiento no puede estar sujetas a la ley de la oferta y la demanda, que para modernizar la educación es indispensable universalizar el derecho a las comunicaciones y el acceso a internet, que el acceso al agua potable es un derecho humano que no puede seguir postergándose, que la vivienda digna es también un derecho fundamental que no puede depender del mundo de la especulación. Además, que la destrucción del medio ambiente pasa factura, a veces, por caminos insospechados.

Las cuarentenas domiciliarias obligatorias, de manera simplificada, vinieron a mostrar lo que es indispensable para la vida y el mínimo vital que todo ser humano debe disfrutar: salud, agua y saneamiento, alimentación, educación, trabajo, vivienda digna e integridad física. Todos ellos derechos humanos y, como tales, corresponde al Estado garantizarlos. Es necesario entonces fortalecer los Estados nacionales. No para ser el flotador que salve a quienes privatizan las ganancias, pero demandan que se socialicen las pérdidas. Es necesario incrementar la inversión pública en todos estos derechos, de manera paulatina pero sostenida. Las afecciones de la pandemia hubiesen sido menores si estos derechos hubiesen estado garantizados. Es necesario descentralizar poderes y capacidades. Los poderes locales también son Estado y han prestado servicios fundamentales en esta crisis. Las personas indispensables en esta hora oscura, los que han estado en primera línea, salvando vidas o evitando la parálisis total de las economías y servicios, emanan una luz sobre quienes deben ser mejor remunerados. Necesitamos otro Estado, otro modo de organizar la sociedad y la economía, en el que el centro no sea el dinero ni el capital especulativo, sino la vida digna y todo lo que la hace posible.

La pandemia de COVID-19 vino a saldar el debate sobre la necesidad de un Estado más fuerte.

Nos demostró que derechos fundamentales no pueden dejarse en manos del mercado. Que la atención en salud y el saneamiento no puede estar sujetas a la ley de la oferta y la demanda, que para modernizar la educación es indispensable universalizar el derecho a las comunicaciones y el acceso a internet, que el acceso al agua potable es un derecho humano que no puede seguir postergándose, que la vivienda digna es también un derecho fundamental que no puede depender del mundo de la especulación. Además, que la destrucción del medio ambiente pasa factura, a veces, por caminos insospechados

¹⁰ Ambientum (14/4/2020) "Coronavirus y contaminación". En <https://www.ambientum.com/ambientum/contaminacion/coronavirus-y-contaminacion.asp>



FACTORES QUE DESAFÍAN LA DEMOCRACIA Y LA MISIÓN DE LA COMPAÑÍA EN CENTROAMÉRICA

Ismael Moreno Soto, S.J.¹

35

Llevamos tres décadas de un largo, difuso y complejo proceso centroamericano en la búsqueda de alternativas, luego del final de los conflictos político militares que acabaron, todos ellos, con la firma de acuerdos de paz y abrieron paso a procesos electorales. Una transición que, en los hechos, se ha convertido en una larga etapa de creciente inestabilidad. Pasamos de una etapa de guerras civiles a una llamada “etapa de paz”, que fue hábilmente cooptada o conducida por el modelo neoliberal y los barones del crimen organizado.

Estas tres décadas han significado un período de debilitamiento político de la izquierda y de los movimientos sociales, también de pérdida del ensamblaje entre los partidos políticos y los movimientos sociales como sí se logró en el período de la guerra. Aunque son muchos años, Centroamérica no logra salir de una difícil transición de un período a otro; no ha logrado conformar un nuevo sujeto político que conduzca, en las condiciones actuales, la lucha política y social hacia la construcción de un Estado y un modelo económico, político, social y cultural que democratice las diversas esferas de la sociedad.

Los votos no han sido suficientes para los centroamericanos, cuyos países siguen atrapados en la inequidad y la exclusión. Las democracias centroamericanas prosiguen su retroceso: cuando la población se ha frustrado de propuestas de partidos de derechas como de izquierdas, le entrega el voto a “outsiders” que se convierten en populismos y que, en los hechos, sustituyen la institucionalidad. La inseguridad y la violencia que rondan en los países, con mayor énfasis en Guatemala, El Salvador y Honduras, ha desempolvado la irrupción militar en los espacios públicos, y esa parece ser una de las tendencias para los siguientes años, que va dejando que la democracia se convierta en propuesta populista autoritaria y dictatorial.

¹ Director de ERIC-Radio Progreso, Centro Social de Honduras, Provincia Jesuita de Centroamérica.

Los sectores políticos centroamericanos han sido incapaces de hacer de las democracias mecanismos más abiertos, se han transformado en factores decisivos para convertir a los Estados en instrumentos para que la institucionalidad y las leyes favorezcan a reducidas élites en asociación con las transnacionales. La oportunidad de la posguerra llegó a su fin y nos encontramos ante la necesidad de diseñar, proponer y ejecutar un nuevo modelo de desarrollo que supere el liderazgo de las élites, porque ha ocasionado la polarización económica y política que es, a fin de cuentas, productora incansable de inestabilidad, violencia e inequidad.

En este contexto, llegó la pandemia del COVID-19, cuyos efectos profundizan los factores que ya venían deteriorando la vida de los centroamericanos y conducido a la pérdida de capacidad para impulsar las democracias a través de los Estados. De igual manera, la pandemia ha venido a acentuar los factores productores del fenómeno de la migración, un fenómeno que remite esencialmente al fracaso de las políticas de Estado y, con mayor crudeza, remite al racismo, la discriminación, la exclusión social y a modelos económicos, sociales, políticos y culturales productores de violencia y expulsión de seres humanos.

Las caravanas irrumpieron en Honduras, a finales de la segunda década del siglo, como un devastador terremoto humano, social y político, expresando el hartazgo de un sistema productor de desigualdad, productor colectivo de riquezas y acumulación infinita de la misma en un pequeño grupo de personas y familias; emergieron como anticipo de la configuración de un mundo geopolítico y social distinto y posible, un mundo que solo puede estremecerse si es empujado desde abajo. Y las caravanas nos dicen algo fundamental: los migrantes no solo tienen alma, son llamados a ser el alma de las luchas actuales, si quienes vemos las caravanas desde las alturas de las jerarquías eclesiales, académicas, políticas y culturales nos decidimos a abajarnos a interpretar, desde las víctimas, sus más hondas aspiraciones, y contribuir a que se canalicen hacia un orden nuevo, humano, con oportunidades y riesgos compartidos por toda la sociedad.

Los migrantes se hicieron tales con una desesperada decisión de buscar la libertad perdida. No nacieron migrantes: la frialdad de la desigualdad y la exclusión los obligó a lanzarse al vacío, por eso son los héroes y heroínas de un mundo ingrato. Así son los migrantes

Los sectores políticos centroamericanos han sido incapaces de hacer de las democracias mecanismos más abiertos, se han transformado en factores decisivos para convertir a los Estados en instrumentos para que la institucionalidad y las leyes favorezcan a reducidas élites en asociación con las transnacionales

en esta tierra de angustias, abren caminos derribando muros y paradigmas dominantes como lo que quieren ser: almas libres y rebeldes. Y con la irrupción de la pandemia, la presión desde los sectores marginales seguirá siendo más fuerte. Ya no solo serán migrantes los que demanden oportunidades, presionarán también las víctimas de sistemas colapsados de salud y las víctimas de un modelo generador de desigualdades y miseria.

He aquí nuestra provocación: o nos quedamos embelesados viendo cómo las burocracias políticas y las élites nos meten en sus festejos de bicentenario de sus parrandas independentistas, o convertimos este tiempo para ponernos en la tarea de construir una propuesta de “Soberanía Centroamericana”, que haga frente, a lo largo de la siguiente década, a las tres grandes vertientes de la crisis que se ha desnudado con la pandemia del COVID-19: i) la vertiente de la creciente desigualdad social y económica; ii) la vertiente del deterioro y degradación ambiental y ecológica; y iii) la vertiente del deterioro extremo de la democracia y de la gobernanza. Es una semilla que, como aquella parábola evangélica, se lanza a la tierra; no toda semilla germinará para dar frutos, pero queda el deseo de que una parte de esa semilla caiga en comunidades de base, de académicos, de derechos humanos, de políticos, étnicas, feministas y juveniles; y que esas comunidades sean tierra fértil, en donde esa semilla encuentra hermosas condiciones para germinar y crecer. Aquí se alimenta nuestra esperanza.

Tareas centroamericanas para la democracia

1. Contribuir a la búsqueda y construcción de un modelo económico que rompa con las dinámicas generadoras de desigualdades.
2. Abrazar una propuesta Centroamericana aprovechando la oportunidad del Bicentenario, el 15 de septiembre de 2021, de la firma del “Acta de Independencia”, para desde ella promover el cambio de paradigmas en la construcción de sociedades incluyentes y soberanas.
3. Acompañar a las poblaciones juveniles desde la inserción en sus realidades y ambientes.
4. Impulsar programas de formación humana, sociopolítico-cultural orientados a preparar nuevas generaciones comprometidas con la fe y la justicia.
5. Fortalecer redes nacionales e internacionales comprometidas con las poblaciones migrantes, y con el acompañamiento a las poblaciones desplazadas por la violencia y por los proyectos extractivos.

Actitudes a promover desde la Provincia de Centroamérica

1. Más que para heroísmos, vivimos tiempos para entregas testimoniales, desde donde se exprese la resistencia al falso brillo del capital y de las salidas fáciles, como el mayor de los desafíos contraculturales. Encender luces desde la marginalidad es la tarea, porque el brillo del capital conduce irremediabilmente a la destrucción,

Y con la irrupción de la pandemia, la presión desde los sectores marginales seguirá siendo más fuerte. Ya no solo serán migrantes los que demanden oportunidades, presionarán también las víctimas de sistemas colapsados de salud y las víctimas de un modelo generador de desigualdades y miseria

al desastre. Sólo las luces que encendamos al margen del capital iluminarán el camino de una sociedad basada en la austeridad, la comunidad y la relación armoniosa con los bienes comunes de la naturaleza.

2. La construcción de organizaciones sociales desde nuevos paradigmas, desde nuevas lógicas de poder, de relaciones de género, relaciones con la naturaleza y sus bienes.
3. Una mística que configure y dé sentido a los recursos y los medios, a la formación intelectual y académica. Que la gratuidad y voluntariado sustenten el valor de la lucha.
4. Reinventar el imaginario de la organización popular y social desde el respeto a todas las diversidades, que articule la academia y la investigación con nuevas relaciones de género, y la política con lo social-comunitario. Reinventar la opción por los pobres desde la política y la ética, desde la ciencia y la fe, desde el poder entendido como la capacidad para producir cambios significativos sobre las vidas de las personas y del entorno social para el Buen Vivir.
5. Apostar por nuevas generaciones de liderazgos ha de ser la condición para creer en la construcción de nuevos paradigmas y de propuestas transformadoras desde la organización social y popular.
6. Este imaginario social y político, esos valores y esa mística que existen en la marginalidad habría de ensancharlo históricamente en la “Comunidad Organizada en Movimiento”, es decir, construir propuestas y movilización desde una agenda común de lucha que tenga su asidero en la base, en la comunidad geográfica y territorial, y desde esa realidad identitaria abrirse paso articuladamente hacia lo nacional y centroamericano.

Desafíos desde la Compañía de Jesús

1. Romper con la lógica predominante actual en la mayoría de las obras de vivir en el encierro, en la bastedad y el ensimismamiento, para dar apertura a la vida, las angustias y los destrozos de las víctimas del modelo neoliberal, esencialmente violento, concentrador de riquezas y productor de miseria.

2. Romper con la inercia en la que, fácilmente y aparentemente sin malicia, el neoliberalismo atrapa el quehacer de nuestras instituciones, con frecuencia susceptibles a entenderse con cúpulas dirigentes de la política y de la alta empresa privada; todas las obras debíamos tener un rasgo contracultural y en confrontación con el modelo, y una dosis de presión o de apoyo a la presión que las organizaciones ejercen ante el Estado y ante las élites que lideran el neoliberalismo.
3. Tomarse en serio la formación del laicado y la apertura del mismo a los desafíos que irrumpen en la sociedad desde los pobres y desde la actualización de la misión de fe y justicia; esto significa una apertura en serio al debate sobre el patriarcado y su influencia cultural en las estructuras y relaciones dentro de la Compañía, sobre la diversidad sexual y sobre el debate en torno a la lógica de poder que predomina en la Iglesia.
4. No defenderse ni tener miedo a las luchas sociales y vencer el miedo a los riesgos; un tiempo de crisis de paradigmas, es un tiempo en donde los riesgos son un signo de los tiempos. Sin perder la especificidad de su misión, las obras jesuitas debíamos perder miedo a la calle, al barrio y a la juventud marginalizada, y desde esas realidades repensar y actualizar la identidad de la misión apostólica y el carisma ignaciano en el trabajo intelectual, social, espiritual y pastoral.
5. El desafío de la despolitización; redefinir hoy la relación de la fe con la política y el poder, la relación con los movimientos sociales y los partidos políticos: ¿cuál ha de ser nuestro lugar privilegiado dentro de las luchas sociales y políticas?, ¿cuál ha de ser nuestro principal aporte en las luchas sociales y populares?, ¿cuáles son los canales actuales para nuestro compromiso político?
6. El desafío de ser Iglesia sencilla; necesitamos formular, entender y construir hoy, en el siglo veintiuno, la manera más sencilla de ser Iglesia, sin quedarnos viendo hacia arriba, y sabiendo ser conciencia crítica y propositiva en una sociedad pluralista, violentada y compleja: ¿qué rasgos ha de tener esta Iglesia para saber situarse con sencillez, pero con firmeza, en el centro de las tormentas sociales, políticas y culturales de nuestro tiempo?
7. Nunca como hoy, hace falta que en la Compañía de Jesús se despierte su espíritu de “caballería ligera”, y formar a sus miembros tanto jóvenes jesuitas como laicos y laicas en esa agilidad de estar “prestos y diligentes”, para saber responder a los desafíos de la historia que emergen desde la marginalidad de las víctimas.





La misión de ACOMPañAR(NOS) en la **ESPERANZA**

Stivel Toloza Blanco S.J.¹

*Probablemente de todos nuestros sentimientos,
el único que no es verdaderamente nuestro es la
esperanza.*

*La esperanza le pertenece a la vida,
es la vida misma defendiéndose.*

Julio Cortázar

*Encuentro importante señalar
una pregunta que está lejos de
ser resuelta en estas páginas y
que siento urge reflexionar con
toda decisión dentro de nuestros
procesos de acompañamiento a
los jóvenes de América Latina:
¿Cómo anunciar la esperanza
a los jóvenes en medio de esta
pandemia?*

Como si fuese un ejercicio de contemplación, intentemos viajar con la ayuda de la imaginación y de nuestros sentidos al 31 de diciembre del 2019. Procura pensar dónde estabas, con quiénes compartiste aquella noche que daba fin a un año en el calendario y que marcaba el inicio de un año nuevo colmado de expectativas y buenos deseos, cuáles eran los sentimientos que albergaba tu corazón aquel día. Y situándonos en dicho recuerdo, podemos entrever que es poco probable que alguien de nosotros, en su lista de propósitos para el año 2020, haya proyectado o soñado vivir una pandemia que vendría a desafiarlos en lo más profundo de nuestra humanidad.

El mundo se debate en intensas discusiones y acusaciones sobre el origen del COVID-19. No sabemos a ciencia cierta cuándo habrá una respuesta definitiva a dicha pregunta. Sin embargo, lo que no podemos negar es que, en este tiempo de pandemia, el ritmo desenfre-

¹ Director de la Red Juvenil Ignaciana y del Movimiento Juvenil Huellas en Colombia.

nado de nuestras vidas se vio obligado a entrar en un incómodo y, para no pocos, agobiante nuevo “ritmo”, marcado en general por el miedo, la impotencia, la incertidumbre e incluso, como todos lo hemos presenciado, por la realidad innegable de la muerte.

En ese orden de ideas, en esta reflexión no es mi propósito hacer una disertación académica o un análisis estadístico sobre las consecuencias que viene teniendo el coronavirus para nuestro mundo y para los jóvenes de nuestro continente latinoamericano. Para ello tenemos diferentes fuentes que nos pueden iluminar idóneamente en ese propósito. Más bien, encuentro importante señalar una pregunta que está lejos de ser resuelta en estas páginas y que siento urge reflexionar con toda decisión dentro de nuestros procesos de acompañamiento a los jóvenes de América Latina: **¿Cómo anunciar la esperanza a los jóvenes en medio de esta pandemia?**

Más aún, y con un tono más contundente: ¿son los mismos jóvenes un “signo” fundamental de la esperanza en esta pandemia? Estas preguntas y tantas otras que podemos formularnos dentro de este horizonte, nos llevan entonces a profundizar en cómo podemos seguir haciendo realidad la Preferencia Apostólica Universal promulgada por la Compañía de Jesús en la que se nos llama a “acompañar a los jóvenes en la construcción de un futuro esperanzador”.

Como director de la Red Juvenil Ignaciana y del Movimiento Juvenil Huellas en Colombia, he podido ser testigo de jóvenes que se convierten en signo de esperanza en este tiempo que hoy vivimos, en el cual son más las incertidumbres que se les han abierto a los jóvenes sobre su presente y su futuro que las certezas sobre su propio bienestar y porvenir. Quisiera, por lo tanto, compartir a continuación dos signos de esperanza que pueden contribuir a la reflexión de la pregunta antes planteada.

Hasta que amemos la vida

Hasta que amemos la vida, así se titula la canción de un artista bogotano en la que nombra diversos colombianos y colombianas que han sido asesinados en el conflicto armado². Y junto al título, un mural llamado: “en memoria de los y las jóvenes conscientes para

la transformación de nuestro país”.³ Este mural, elaborado por jóvenes artistas de la Red Juvenil Ignaciana, representa a cuatro jóvenes asesinados recientemente como consecuencia de acciones violentas que han tenido lugar en medio de la pandemia y en los conflictos sociales recientes del país.

En este orden de ideas, en las últimas doce semanas, en Colombia, han sido asesinados más de 90 jóvenes como consecuencia de masacres. A ellos y ellas se los ha llevado la violencia. Y esto, que parece una frívola estadística, representa un agravante para los jóvenes durante esta pandemia. En consecuencia, las juventudes en este país no solamente se enfrentan a una realidad social en donde son marginalizados a través del desempleo, la falta de posibilidades de estudio y tantas otras realidades injustas para ellos, sino que, además, se enfrentan a diario a un país que está asesinando a sus jóvenes, apagando tantas vidas y pisoteando para siempre tantos sueños. Emerge nuevamente, como un recordatorio que no descansa, la pregunta por la esperanza en este contexto de desesperanzas.

En la víspera de la Pascua de este año, el papa Francisco anunció al mundo un mensaje claro: la oscuridad y la muerte no tienen la última palabra sobre la vida. Y en medio de la desolación que en Colombia ha causado la muerte de jóvenes, emerge el primer signo de esperanza del cual ellos y ellas son valientes protagonistas. En medio de la pandemia y haciendo uso especialmente de las redes sociales y de una riqueza infinita de expresiones artísticas, las juventudes en Colombia se vienen manifestando en torno a la defensa del don sagrado de la vida. Exigiendo políticas públicas eficaces que dignifiquen la vida de la juventud. Resuena en el corazón de muchos jóvenes cristianos e incluso no cristianos las palabras del Papa invitando a los jóvenes del mundo a no renunciar a la alegría y la esperanza.

En la víspera de la Pascua de este año, el papa Francisco anunció al mundo un mensaje claro: la oscuridad y la muerte no tienen la última palabra sobre la vida. Y en medio de la desolación que en Colombia ha causado la muerte de jóvenes, emerge el primer signo de esperanza del cual ellos y ellas son valientes protagonistas

2 César López, cantautor colombiano y activista por la paz a través de la música.



Sería ingenuo desconocer el drama de muchos jóvenes. Podríamos analizar, en numerosas páginas, todos los fenómenos sociales a los cuales se han enfrentado en este tiempo del coronavirus. No obstante, lo que pretendo rescatar aquí es la valentía de nuestros jóvenes ¡Su valentía es ya un verdadero signo de esperanza! Una valentía que no se manifiesta de manera individualista o solitaria, todo lo contrario, los jóvenes en su más rica diversidad y diferencia son capaces de encontrarse para gritar, resistir, denunciar, proponer y actuar.

Esta pandemia ha acrecentado en los jóvenes su ingenio y creatividad. Ha fortalecido su capacidad crítica y propositiva ante un gobierno ineficiente a la hora de defender la vida y los derechos de los ciudadanos más jóvenes, tanto rurales como urbanos. Las pantallas de los dispositivos móviles y de los computadores se han llenado de pequeños recuadros donde también se defiende y cultiva la vida. Como decimos en Colombia, el “parche” se reúne para expresar aquello que más les indigna en lo más profundo, y que trasluce el sincero anhelo de una América Latina y una Colombia verdaderamente en paz y reconciliada.

Esta pandemia ha acrecentado en los jóvenes su ingenio y creatividad. Ha fortalecido su capacidad crítica y propositiva ante un gobierno ineficiente a la hora de defender la vida y los derechos de los ciudadanos más jóvenes, tanto rurales como urbanos. Las pantallas de los dispositivos móviles y de los computadores se han llenado de pequeños recuadros donde también se defiende y cultiva la vida.

Silenciosos en la acción

En general, pues siempre hay excepciones, muchos jóvenes hoy pueden asociar el silencio al tedio, a una actitud imposible de vivir en esta era digital; lo relacionamos quizá con monjes budistas y monasterios situados en las cumbres de las montañas. Basta con mirar los retiros espirituales que ofrecemos a los jóvenes de nuestras instituciones educativas o sociales. Cada vez más tenemos que acudir a películas, a actividades lúdicas, a rondas recreativas etc., para posibilitar que los retiros no sean “aburridos” y, en consecuencia, evitar que éstos dejen de ser atractivos para ellos.

Sin pretender subestimar esas estrategias didácticas para que los jóvenes se encuentren con su Creador, pues todas ellas se convierten en medios importantes para alcanzar dicho fin, creo que vale la pena traer a la reflexión el lugar y la vigencia que el silencio tiene hoy en el camino espiritual de los jóvenes, y cómo esta “escucha profunda” puede llegar a ser o seguir siendo, en esta pandemia, un elemento que en sus vidas pueda contribuir y animarlos a la transformación más auténtica y decidida de sí mismos y de la realidad.

En ese sentido, el confinamiento durante la pandemia nos ha puesto delante del rostro del silencio. Para algunos ha sido la posibilidad de ver con una mirada renovada la propia vida y, en ella, las relaciones interpersonales, las alegrías o las tristezas. Incluso algunos otros se han llegado a replantear las opciones más fundamentales de la existencia.

He escuchado a jóvenes que han podido, a lo largo de estos meses, sanar relaciones con su familia, con sus parejas y sobretodo consigo mismos. Así mismo, he conversado con jóvenes que han tenido que vérselas con el tedio, el miedo, el aburrimiento, el desempleo, la zozobra, la muerte de seres queridos y tantas otras emociones o circunstancias que han hecho de este tiempo de cuarentena una prueba difícil de asumir y de enfrentar.

A la luz de lo anterior, surge entonces una doble responsabilidad en este camino de la esperanza. En primer lugar, la responsabilidad de los propios jóvenes, quienes son llamados a no dejar que este tiempo pase sin más en sus vidas. Esta es una tarea que solo puede ser emprendida desde la libertad, desde una fecunda fidelidad con la propia autenticidad.

En segundo lugar, para quienes tenemos la gracia y la alegría de compartir la vida y la misión con jóvenes,

se hace necesario discernir con generosidad el modo como podemos actualizar la Preferencia Apostólica de caminar junto a los jóvenes en la construcción de un presente y de un futuro esperanzador. Esta pandemia también debe cuestionar a fondo nuestros paradigmas y los modelos de pastoral juvenil que configuran la misión. La invitación entonces consiste en “silenciarnos” para “escuchar” la voz del Espíritu que no cesa de hablarnos a través de los jóvenes.

Dicho lo anterior, comprendemos que no es casualidad que la Preferencia Apostólica Universal sobre los jóvenes inicie con el verbo “acompañar”. Este verbo tan típico de la espiritualidad ignaciana es hoy un imperativo y un llamado del Espíritu que nos vincula a todos. La pandemia, sin duda, nos ha mostrado nuevas formas de acompañarnos en la esperanza. En ese sentido, nos ha hecho valorar, radicalmente, el valor de la presencialidad, el poder de un abrazo y, al mismo tiempo, nos ha mostrado las bondades de la virtualidad como un espacio de verdadero encuentro, que no se ve limitado por fronteras y distancias⁴.



**RED
JUVENIL
IGNACIANA**
Juntos para Amar y Servir

⁴ No podemos desconocer en este punto, que la virtualidad si bien ha sido un instrumento privilegiado para acompañar, también tiene un carácter de exclusión. No todos los jóvenes tienen las posibilidades de acceso a internet, a un computador o a un celular. Esto genera una brecha y un problema social serio, que también debe ser considerado y, ojalá, resuelto en nuestras instituciones y obras. Es sin duda un desafío.

Normalidad “**SUBVERSIVA**” y Compañía de Jesús

*¿Puede la Compañía de Jesús
apostar por una normalidad
“**SUBVERSIVA**”?*

Comisión Provincial del Apostolado Social (CPAS)
de la Provincia Centroamericana

El encierro, la cuarentena, ha sido anormal, no es lo propio de la sociedad vivir en el encierro. Éste solo puede ser entendido como un período temporal, pasajero, sin normas establecidas para largo tiempo. Volver a la normalidad es la consigna a proseguir con normas que nos conduzcan por la vida, como el semáforo que necesitamos para transitar en base a consensos universalmente aceptados

“Retorno a la normalidad”, “construir una nueva normalidad”, expresiones repetidas en estos aciagos tiempos. Todo mundo desde los poderes establecidos nos manda a vivir, soñar, trabajar y relacionarnos desde una normalidad, y nos convocan a rechazar todo lo que se asocia con la “anormalidad”. Pero ¿qué es esa “normalidad” de la que tanto se habla?

¿A qué hace referencia la “normalidad”?

Normalidad hace referencia a estabilidad, a consensos socialmente asumidos, a orden y estatus. Hace referencia a reglas que definen límites en el comportamiento. Normalidad es la historicidad de una norma. Cuando la norma está consensuada y aceptada, aun cuando la misma tenga una dosis coercitiva, entonces la sociedad está en normalidad. Lo contrario es lo anormal, lo que no encaja, lo que, por ser distinto y diferente, es mal visto, estorba o inquieta, porque sencillamente no es normal.

El encierro, la cuarentena, ha sido anormal, no es lo propio de la sociedad vivir en el encierro. Éste solo puede ser entendido como un período temporal, pasajero, sin normas establecidas para largo tiempo. Volver a la normalidad es la consigna a proseguir con normas que nos conduzcan por la vida, como el semáforo que necesitamos para transitar en base a consensos universalmente aceptados. La cuarentena ha sido una normalidad excepcionalmente corta, y su finalización ha de unirse a preparar y encauzar a la sociedad hacia esa normalidad de largo alcance, que da estabilidad y rompe con lo perentorio.

Al preocuparnos por la normalidad, al demandar una vuelta a la normalidad, dejamos dicho que vivir en ella es lo propio de los seres humanos, y que vivir en la anormalidad nos inquieta, preocupa y nos incomoda. No nacimos para vivir en la anormalidad, y cuando nos

hemos desviado, nos afanamos en retornar a la normalidad. Cuando la gente se desvía, se ponen en marcha mecanismos ideológicos, políticos, legales y de fuerza para que se retorne al cauce normal. Nadie que esté fuera de la normalidad puede ser admitido sin ser machacado.

La normalidad como expresión de una norma o paradigma dominante

El asunto es cuando llegamos a aceptar que lo inhumano sea la norma, y que aceptemos, e incluso defendamos la normalidad, anclada en horcones de inhumanidad. Cuando esa anormalidad llamada desigualdad social, discriminación y racismo, machismo, corrupción y saqueos por parte de quienes conducen el Estado, se establece como normalidad, entonces la sociedad se ha deshumanizado y, siendo así, inhumana, la defiende y la añora. Más inhumana se vuelve esa normalidad cuando es defendida por mucha de la gente que sufre sus consecuencias.

La normalidad tiene que ver con los paradigmas, es decir, con los modelos ejemplares a seguir para sentirnos aceptados por la sociedad. La normalidad, en la sociedad nuestra, ha solido ser, por ejemplo, que los hombres ejerzan el poder en el espacio doméstico, y luego este poder se traslade a la sociedad, mientras que las mujeres han de aceptar la normalidad de la obediencia y subordinación a la supremacía de los hombres. Cuando esto funciona, entonces todo mundo vive bajo la norma establecida socialmente. Quien nace a una sociedad así, crecerá interiorizando que los hombres valen más y que tienen la primacía para decidir. Y cuando existen mujeres que defienden esa normalidad, ya no solo defienden las estructuras opresoras, sino que han llegado a interiorizar como normal su propia opresión.

¿Quiénes son los “anormales” en la normalidad dominante?

Cuando alguien rompe con este paradigma y se comporta de otra manera se convierte en anormal. Entonces estorba, molesta y se le ha de obligar a un retorno al cauce de la normalidad. No se puede permitir el mal ejemplo; toda manzana podrida debe ser extraída del canasto para que no dañe al resto de manzanas. Es normal entonces que ante una persona que se comporta anormal, se le acuse de desadaptada social, de extravagante y excéntrica.

La normalidad tiene que ver con los paradigmas, es decir, con los modelos ejemplares a seguir para sentirnos aceptados por la sociedad. La normalidad, en la sociedad nuestra, ha solido ser, por ejemplo, que los hombres ejerzan el poder en el espacio doméstico, y luego este poder se traslade a la sociedad, mientras que las mujeres han de aceptar la normalidad de la obediencia y subordinación a la supremacía de los hombres. Cuando esto funciona, entonces todo mundo vive bajo la norma establecida socialmente

Es paradigmático que en una sociedad como la nuestra, un político busque cargos públicos para beneficio personal o use fondos públicos a discreción para su propio provecho y para hacer uso de los mismos para ganar obediencias. Y si acaso un político rompe este paradigma y propone un modelo de funcionario basado en el poder como servicio para buscar el bien común, de inmediato se le estigmatiza, se le califica de iluso y torpe. Por ser anormal se debe quitar de en medio.

Así podemos decir de la anormalidad de quienes son negros e indios en una sociedad dominada por blancos y mestizos, de quienes son sexualmente diversos en una sociedad dominada por heterosexuales, de quienes son jóvenes en una sociedad dominada por una gerontocracia. Lo mismo se puede decir de todas las personas y grupos minoritarios y marginalizados de la sociedad. Si la sociedad se precia del paradigma de buena conducta y pulcritud, entonces quienes se salen de esta normalidad serán catalogadas incluso con diminutivos: indito, negrito, putilla, cieguito, culerito, renquito, pobrecita, viejita, el drogo y huelepega. La inmensa mayoría de las víctimas de la pandemia CO-

VID-19 fueron de estos estratos sociales que ya estaban fuera de los corredores centrales de la “normalidad” del sistema. El virus desnudó lo que ya era marginal, y el sistema se cebó en esas poblaciones.

Se trata de toda una población que está al margen de la normalidad, a la que se suma quienes quedan fuera del paradigma ideológico dominante: revoltosos, subversivos, terroristas, cabezas calientes, desadaptados sociales. A los primeros se les responde con un desprecio que se manifiesta en lástima y limosna, para acentuar su inferioridad y su estatus de estar fuera de los corredores que pertenecen a los normales. A los segundos se les responde siguiendo el patrón común de quienes conducen la defensa de la normalidad: mientras se pueda, se les ignora como si no existieran; luego se les busca sobornar para que vuelven al cauce; seguido, se les estigmatiza con campañas de descrédito, se les criminaliza, y finalmente, se les elimina físicamente. A estos, el sistema, a través de los aparatos legales, cercos mediáticos y fuerzas del orden, los mantendrá siempre a raya, porque es necesario que queden en la “anormalidad”, equiparados al primer conglomerado excluido y desechado.

Si la sociedad se precia del paradigma de buena conducta y pulcritud, entonces quienes se salen de esta normalidad serán catalogadas incluso con diminutivos: indito, negrito, putilla, cieguito, culerito, renquito, pobrecita, viejita, el drogo y huelepega. La inmensa mayoría de las víctimas de la pandemia COVID-19 fueron de estos estratos sociales que ya estaban fuera de los corredores centrales de la “normalidad” del sistema. El virus desnudó lo que ya era marginal, y el sistema se cebó en esas poblaciones.

Defensa de la “normalidad” deshumanizadora

La maquinaria ideológica y publicitaria desarrolla campañas para que la sociedad defienda la normalidad, por muy deshumanizadora que sea, y acentúa el miedo a lo desconocido, “mejor lo viejo conocido que lo nuevo por conocer”, se suele decir. Mejor defender esta normalidad, aunque no nos sintamos tan a gusto, que caer en otra normalidad desconocida, y peor caer en lo anormal, que es sinónimo de caos, desorden e incertidumbre.

Cuanto más se cuestiona una normalidad, más fuerte es el recurso al autoritarismo, porque un cuestionamiento continuo a la normalidad, significa que los consensos sociales y políticos se tambalean. Y al perderse el equilibrio, el pacto social, entonces emerge el autoritarismo que reemplaza el consenso e impone el consenso de la normalidad por la fuerza.

La normalidad asociada al paradigma dominante acaba deshumanizando; se sostiene sobre una normativa excluyente, opresora, que elimina, borra, silencia, margina, estigmatiza, arrasa lo distinto, lo diverso. La normalidad, asociada a la norma dominante, mata el espíritu, la iniciativa, la creatividad que brota en los márgenes del sistema. La normalidad se sostiene sobre el brillo del capital, del lucro y del poder que oprime; aplasta y apaga las luces que emergen en la marginalidad, como paradigmas alternativos al capitalista dominante.

La normalidad que se nos impone, o la concepción del callcenterismo

Volver o retornar a la normalidad, o a una nueva normalidad, puede significar un llamado del sistema y de quienes lo sostienen a volver al cauce de la norma del capital, luego de un paréntesis que nos hizo soñar con un retorno al otro encierro, el anterior, al que incluso lo añoramos como reino de la libertad, que no es otra cosa que el encierro del capital. Parece que se nos hace un llamado a que aceptemos que la norma del dinero y de las ganancias es la que debe conducirnos y regirnos. Se han puesto en marcha todos los mecanismos y dinamismos ideológicos y políticos que conducen a que aceptemos la existencia de un poder que se erige arriba de nosotros, y demanda de nosotros obediencia y orden, incluso en la nueva normalidad de la tecnología.



Cuanto más se cuestiona una normalidad, más fuerte es el recurso al autoritarismo, porque un cuestionamiento continuo a la normalidad, significa que los consensos sociales y políticos se tambalean. Y al perderse el equilibrio, el pacto social, entonces emerge el autoritarismo que reemplaza el consenso e impone el consenso de la normalidad por la fuerza.

Esta normalidad tecnológica nos fue preparando en la cuarentena a aceptar que ya nunca podremos vivir sin las relaciones virtuales, y hasta nos ha ido preparando a aceptar y hasta demandar que, por nuestra seguridad, conviene vivir mucho más tiempo encerrados en nuestros espacios privados domésticos, desde donde podemos seguir empleados al servicio de las grandes empresas.

La cuarentena ha sido un tiempo para que los sectores profesionales medios, y especialmente las generaciones juveniles apenas incorporándose al mercado laboral, acepten que su vida laboral será parte de la *mass media* urbana “call center”, caracterizada por relaciones impersonales, sin rostro y multinacionales, mediadas por estrictas relaciones virtuales. De esa manera, salimos a otro encierro, al auténtico encierro de la normalidad de la tecnología, una mezcla de apertura de la economía que especialmente en la transición entre la cuarentena y la normalidad expone al contagio a la mano de obra de más baja calidad, al tiempo que encierra a las nuevas generaciones digitalizadas, a asumir sus labores desde sus espacios privados, trasladando al círculo doméstico un alto porcentaje de los costos de operación.

El retorno a esta normalidad es imposición. Es un llamado a integrarnos al consenso de las reglas del mercado con todas sus tecnologías. El sistema sabe aprovechar los diversos fenómenos como oportunidad para actualizar sus dinanismos de acumulación de capital. Es una normalidad basada en reglas que hemos recibido, no las hemos construido ni las decidimos nosotros. Esa normalidad significa aceptar que dinanismos extraños nos den las pautas y, de inmediato, nos defina quiénes en la sociedad serán los normales, y quiénes son los anormales.

¿Pero puede existir otra normalidad que no sea la impuesta por las reglas del mercado y la tecnología? ¿Puede existir una normalidad cuyas normas no sean el impersonalismo, el anonimato y la distancia real entre los seres humanos, a partir de esa concepción del “callcenterismo” al que nos empuja el sistema actual? Si podemos construir alternativas, ¿hemos de llamarle “normalidad”? ¿No será mejor inventar otra formulación en base a las reglas de la convivencia humana y ética?

¿A qué llamamos “normalidad subversiva”?

La entendemos como “convivencia horizontalizada”, entendida como un modelo social y político a partir de relaciones horizontales, que rompe con la línea de poder vertical, y se sustenta en la ética y la dimensión humano-comunitaria de la vida. Esta “convivencia horizontalizada” se siembra y es empujada por la necesidad que tenemos de vivir con reglas -de acuerdo- y de estar normados por “algo” y por “alguien”.

Ese “algo” es un modelo social, político, económico, ambiental y cultural, sustentado en relaciones de horizontalidad, con plena vigencia de los derechos humanos, el pleno respeto a la diversidad de opciones de creencias y pensamientos, la decisión indiscutible por el cuidado del bien común y protección soberana de los bienes y servicios públicos y de la naturaleza, convertido ese “algo” en institucionalidad de Estado de derecho.

Ese “alguien”, en tanto sujeto social y político, es lo que provisionalmente llamaremos “comunidad organizada en movimiento”, entendida como la concreción de pueblo en lucha por alcanzar la dignidad de una

ciudadanía militante con derechos y responsabilidades compartidas, como la convocatoria permanente de diversos sectores que van rompiendo los encierros impuestos o auto contruidos y que, desde su conciencia de ser oprimidos, identifican a sus opresores y a los hilos de la opresión, y se organizan económica, política, social, cultural y espiritualmente como comunidad, para conducir procesos liberadores para toda la sociedad.

Esta comunidad organizada en movimiento ha de basarse en la fuerza dinamizadora de los sectores excluidos de la normalidad dominante, y ha de estar anclada desde el liderazgo, creatividad y solidaridad de las experiencias de base, a partir de al menos cuatro horcones: la comunidad, la tierra, la siembra y la autogestión de la micro, pequeña y mediana empresa. Y sus condiciones de posibilidad para sostener estos horcones han de ser la educación, la salud, la soberanía alimentaria y un ingreso digno de base para cubrir todas las necesidades complementarias para garantizar la dignidad humana.

Dilema: o normalidad deshumanizante o “normalidad subversiva”

Si es bien conducida y no aplasta la iniciativa y la creatividad, la “normalidad subversiva puede ser expresión de los nuevos paradigmas necesarios para conducirnos en la sociedad. Mientras la “normalidad” como paradigma dominante conduce a deshumanizarnos y a ser víctimas de poderes establecidos en base al control, dominio, imposición y opresión, la “normalidad subversiva” será siempre una propuesta incómoda, porque es contracultural y busca romper el paradigma domi-

nante. Por eso, quienes sostienen esta propuesta serán mal vistos, estigmatizados, perseguidos y eventualmente eliminados. Serán “anormales” ante el sistema.

La normalidad subversiva, en tanto humanizadora y humanizante, solo puede ser impulsada desde la fuerza del espíritu y no desde la norma. Es el espíritu que baña todas las relaciones y construcciones humanas, o es el espíritu que relativiza la normalidad y que cuestiona constantemente las reglas, porque por encima de cualquier normalidad, de cualquier norma, está la dignidad de la persona. Cuando la normalidad es conducida por la norma que representa el paradigma dominante, los rasgos serán siempre deshumanizadores y materializadores. También Jesús de Nazaret fue un subversivo porque subvirtió la “normalidad” de su tiempo y su rebeldía nos humanizó y nos sigue humanizando su seguimiento.

Cuando las relaciones y construcciones humanas son conducidas por el espíritu, el mismo se encarnará en la “normalidad subversiva” y, por eso mismo, estará siempre en confrontación con lo dominante, porque representará la creatividad, la novedad y será sensible ante lo marginal, buscará siempre incluir a lo distinto y anormal. La “normalidad subversiva” siempre tendrá rasgos de anormalidad ante el paradigma dominante, y por eso mismo, será una normalidad incómoda, será vista por quienes conducen los hilos del poder como anormalidad, porque será incluyente y subversiva. Solo el espíritu -desde la perspectiva evangélica- nos podrá mover hacia una normalidad subversiva, la única humanizadora e incluyente. **¿Está dispuesta la Compañía de Jesús a apostar por esta normalidad “subversiva”?**



Por un
pacto social,
ecológico,
económico e
intercultural
para

AMÉRICA LATINA¹

Pacto Ecosocial del Sur



La pandemia es una tragedia para muchas personas, cuyo dolor compartimos. Pero la pausa impuesta al capitalismo mundial por el COVID-19 representa también una enorme oportunidad de cambio: la de construir nuestro futuro desde el cuidado de la vida.

¹ Esta iniciativa nace de un grupo de personas y organizaciones de diferentes países latinoamericanos. Nos motiva la urgencia de construir dinámicas sociales capaces de responder a y contrarrestar las dinámicas de reacomodo capitalista, concentración de riqueza y destrucción de ecosistemas que vemos surgir en medio de la crisis del COVID-19, y de configurar, conjuntamente con quienes deseen juntarse, un horizonte colectivo de transformación para Nuestra América que garantice un futuro digno. Publicado el 29/06/2020, en <https://www.clacso.org/por-un-pacto-social-ecologico-economico-e-intercultural-para-america-latina/> Adhesiones abiertas: se invita a las personas y las organizaciones interesadas en sumarse a que hagan sus adhesiones directamente en el sitio web del Pacto Latinoamericano: <https://pactoeosocialdelsur.com/>

Se ha puesto en evidencia que la vida campesina, los sentidos de comunidad, el cuidado y la reciprocidad son centrales en el sostenimiento de la vida; que, a pesar de vivir en el capitalismo, no vivimos por y para el capital. Tomamos conciencia de que la comercialización directa, los intercambios sin dinero, las redes por fuera de los mercados capitalistas hoy resuelven muchas de nuestras necesidades básicas; y experimentamos que tienen espacio y potencial para el futuro.

Durante mucho tiempo, las élites nos contaron que no se podía parar los mercados ni la gran máquina de acumulación capitalista, pero resulta que sí, que es posible activar el freno de emergencia cuando se decide que la vida está en peligro.

La crisis desnudada por la pandemia ha potenciado las desigualdades y muestra que nuestro futuro está en juego. Una parte de la población está encerrada, otra parte enfrenta contagio, represión y hambre. Los pueblos indígenas y afroamericanos están expuestos a una nueva ola de exterminio; la violencia patriarcal y racista y los feminicidios han aumentado. Mientras, viejos y nuevos grupos de poder aprovechan la emergencia para asegurar que el “retorno a la normalidad” o “la nueva normalidad” no les deje sin beneficios.

La pandemia es una tragedia para muchas personas, cuyo dolor compartimos. Pero la pausa impuesta al capitalismo mundial por el COVID-19 representa también una enorme oportunidad de cambio: la de construir nuestro futuro desde el cuidado de la vida.

Aun cuando se mantienen profundas heridas a la naturaleza, este freno forzado también significó desacelerar la destrucción de ecosistemas, sobre todo por la disminución de las emisiones de CO2. Las clases medias mundiales experimentan colectivamente que es

posible vivir sin ese consumo exacerbado que provoca destrucción ambiental y que amenaza la vida misma en el planeta; que la felicidad y la calidad de vida tienen dimensiones más relevantes que el poseer y acumular cosas, como es vivir en un tejido de relaciones afectivas confiables.

Se ha puesto en evidencia que la vida campesina, los sentidos de comunidad, el cuidado y la reciprocidad son centrales en el sostenimiento de la vida; que, a pesar de vivir en el capitalismo, no vivimos por y para el capital. Tomamos conciencia de que la comercialización directa, los intercambios sin dinero, las redes por fuera de los mercados capitalistas hoy resuelven muchas de nuestras necesidades básicas; y experimentamos que tienen espacio y potencial para el futuro.

Incluso en escenarios formales, ideas antes inconcebibles o consideradas inviables, ocupan un lugar central en la agenda a nivel mundial. Aun agencias económicas como la CEPAL proponen una renta básica universal, y el Fondo Monetario Internacional recomienda a los gobiernos introducir un impuesto a la riqueza, para contrarrestar la escandalosa desigualdad y reducir los déficits fiscales. En el norte global, movimientos sociales y políticos pugnan por un nuevo pacto ecosocial global para salvar el planeta, que articule justicia social y justicia ambiental.

Retomando propuestas elaboradas colectivamente en distintos contextos, proponemos un Pacto Social, Ecológico, Económico e Intercultural para América Latina. Este Pacto no es un listado de demandas que dirigimos a los gobiernos de turno. Más bien, invita a construir imaginarios colectivos, acordar un rumbo compartido de la transformación y una base para plataformas de lucha en los más diversos ámbitos de nuestras sociedades. Convo-ca a movimientos sociales, organizaciones territoriales, gremiales y barriales, comunidades y redes, pero también a gobiernos locales alternativos, parlamentarios, magistrados o servidores públicos comprometidos con la transformación; para cambiar las relaciones de fuerza, mediante plebiscitos, propuestas de ley, u otras muchas estrategias con una real incidencia para imponer estos cambios a las instituciones existentes por parte de una sociedad organizada y movilizada.

En este sentido, los puntos que siguen buscan articular justicia redistributiva, de género, étnica y ambiental. Algunos de ellos prevén un papel más protagónico de las instituciones públicas y otros se refieren más a las

Debemos promover políticas públicas que enlacen cuidado con protección social, atendiendo las necesidades de personas mayores en situación de dependencia, niños y niñas, personas con discapacidad severa y demás individuos que no puedan atender sus necesidades básicas.

prácticas y cambios de facto que se tejen desde abajo y se van expandiendo horizontalmente.

- **Transformación Tributaria Solidaria.** Propuestas nacionales de reformas tributarias según el principio: “Quién tiene más, paga más – quién tiene menos, paga menos”. Deben incluir el impuesto a la herencia, a las grandes fortunas, a los mega emprendimientos, a las rentas financieras y, como medida transicional, al daño ambiental. En lugar de que todos paguen impuestos universales, y solo algunos tengan protección social, proponemos que solo los que más tienen tributen, pero en cambio todos estén protegidos.
- **Anulación de las Deudas Externas de los Estados,** y construcción de una nueva arquitectura financiera global. En estos momentos extraordinarios se justifica, dejar de pagar la deuda externa como se hizo en 1931/32, y como lo propuso la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), el presidente de Francia Emmanuel Macron y el Papa Francisco. La cancelación de la deuda externa de los países del Sur global, constituye un primer paso de reparación histórica, por la deuda ecológica y social contraída por los países centrales desde la colonia.
- **Creación de sistemas nacionales y locales de cuidado** que ponen la sostenibilidad de la vida en el centro de nuestras sociedades. El cuidado es un derecho y, como tal, debe incluir un rol más activo del Estado y de las empresas en consulta y corresponsabilidad permanente con los pueblos y comunidades. Esto permitirá combatir la precariedad laboral y alcanzar una mejor repartición de las tareas del cuidado, en términos de clases sociales y de género, pues el mismo recae de modo

desigual sobre las familias y en ellas, sobre las mujeres. Debemos promover políticas públicas que enlacen cuidado con protección social, atendiendo las necesidades de personas mayores en situación de dependencia, niños y niñas, personas con discapacidad severa y demás individuos que no puedan atender sus necesidades básicas.

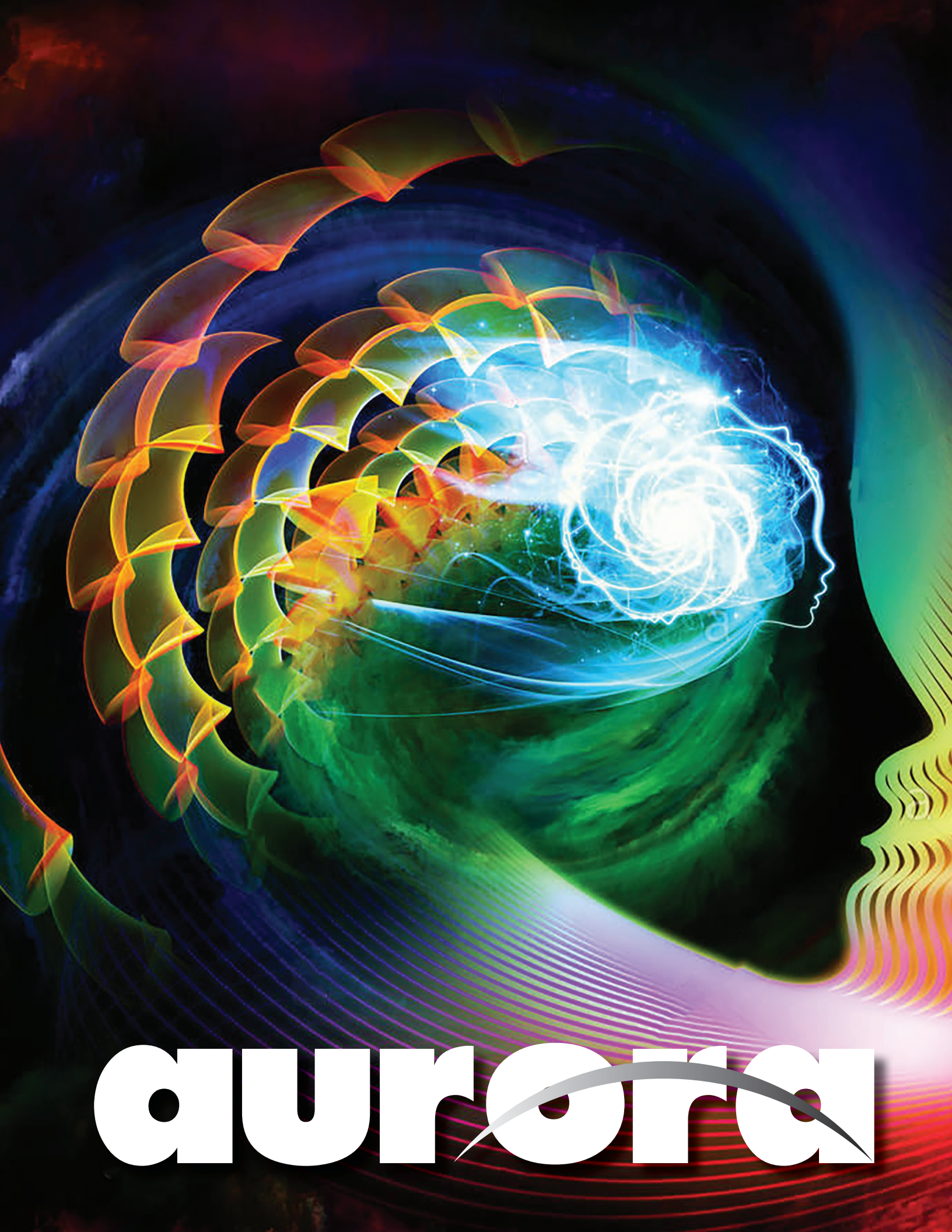
- **Una Renta Básica Universal** que unifique la política social a través de la introducción de una renta básica para todos, y que sustituya las transferencias condicionadas focalizadas heredadas del neoliberalismo, para poder salir de la trampa de la pobreza. Tal como acaba de recomendar la CEPAL a los gobiernos latinoamericanos. Disminuir la jornada de trabajo sin disminución de salario, para repartir tanto el empleo formal como las tareas de cuidado.
- **Priorizar la Soberanía Alimentaria.** En un momento en el cual la región latinoamericana presenta el mayor grado de concentración de la tierra a nivel mundial, es prioritario desarrollar políticas que apunten a la redistribución de la tierra, del acceso al agua y una profunda reforma a las políticas agrarias, alejándose de la agricultura industrial de exportación con sus efectos ambientales y sociales nefastos. Se trata de priorizar la producción agroecológica, agroforestal, pesquera, campesina y urbana, promoviendo el diálogo de saberes. Fortalecer los mercados campesinos y locales. Crear redes de distribución de semillas para asegurar su libre circulación, sin propiedad intelectual. Reforzar las redes de distribución campo-ciudad y la certificación comunitaria entre consumidores y productores. Fomentar la propiedad social,

Para proteger la diversidad cultural y natural, necesitamos una transición socio-ecológica radical, una salida ordenada y progresiva de la dependencia del petróleo, carbón y gas, de la minería, la deforestación y los grandes monocultivos. Es necesario transitar hacia matrices energéticas renovables,



colectiva y comunitaria de la tierra, generando soberanía a quienes la cuidan y trabajan, y protegiéndoles de la especulación.

- **Construcción de economías y sociedades post-extractivistas.** Para proteger la diversidad cultural y natural, necesitamos una transición socio-ecológica radical, una salida ordenada y progresiva de la dependencia del petróleo, carbón y gas, de la minería, la deforestación y los grandes monocultivos. Es necesario transitar hacia matrices energéticas renovables, descentralizadas, desmercantilizadas y democráticas y modelos de movilidad colectivos, seguros y de calidad. Se debe reducir el riesgo frente al colapso climático, una amenaza más grave que la pandemia como nos muestran inundaciones, sequías, deslaves e incendios.
- **Recuperar y fortalecer espacios de información y comunicación desde la sociedad,** actualmente dominados por los medios de comunicación corporativos y las redes sociales que forman parte de las corporaciones más poderosas de nuestros tiempos. Para disputar los sentidos históricos de convivencia, desde medios ciudadanos, pero también desde la calle, la plaza y los espacios culturales.
- **Autonomía y sostenibilidad de las sociedades locales.** La pandemia ha mostrado la fragilidad de las cadenas globales de producción, y la riqueza de los esfuerzos locales, y nacionales. La enorme creatividad de los pueblos latinoamericanos debe ser la base para los cambios políticos, que promuevan la autonomía y sostenibilidad de los territorios y sociedades locales. Corresponde fortalecer la autodeterminación de los pueblos indígenas, campesinos, afro-americanos y experiencias comunitarias urbanas populares en términos económicos, políticos y culturales; desmilitarizar los territorios y el conjunto de la sociedad; apoyar los mercados locales; democratizar el crédito, apoyar a las pequeñas y medianas empresas, la soberanía energética local comunitaria basada en modelos sustentables y renovables.
- **Por una integración regional y mundial soberana.** Es imperativo favorecer los sistemas de intercambio local, nacional y regional a nivel latinoamericano, con autonomía del mercado mundial globalizado que abran alternativas al monopolio corporativo. Introducir monedas paralelas al dólar en diferentes escalas permitiendo una desconexión relativa de las peligrosas dinámicas del mercado mundial, fortaleciendo los intercambios entre países de la región y su diversificación económica complementaria.



aurora